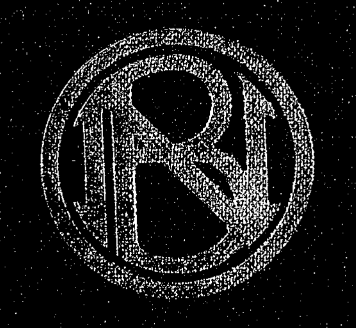
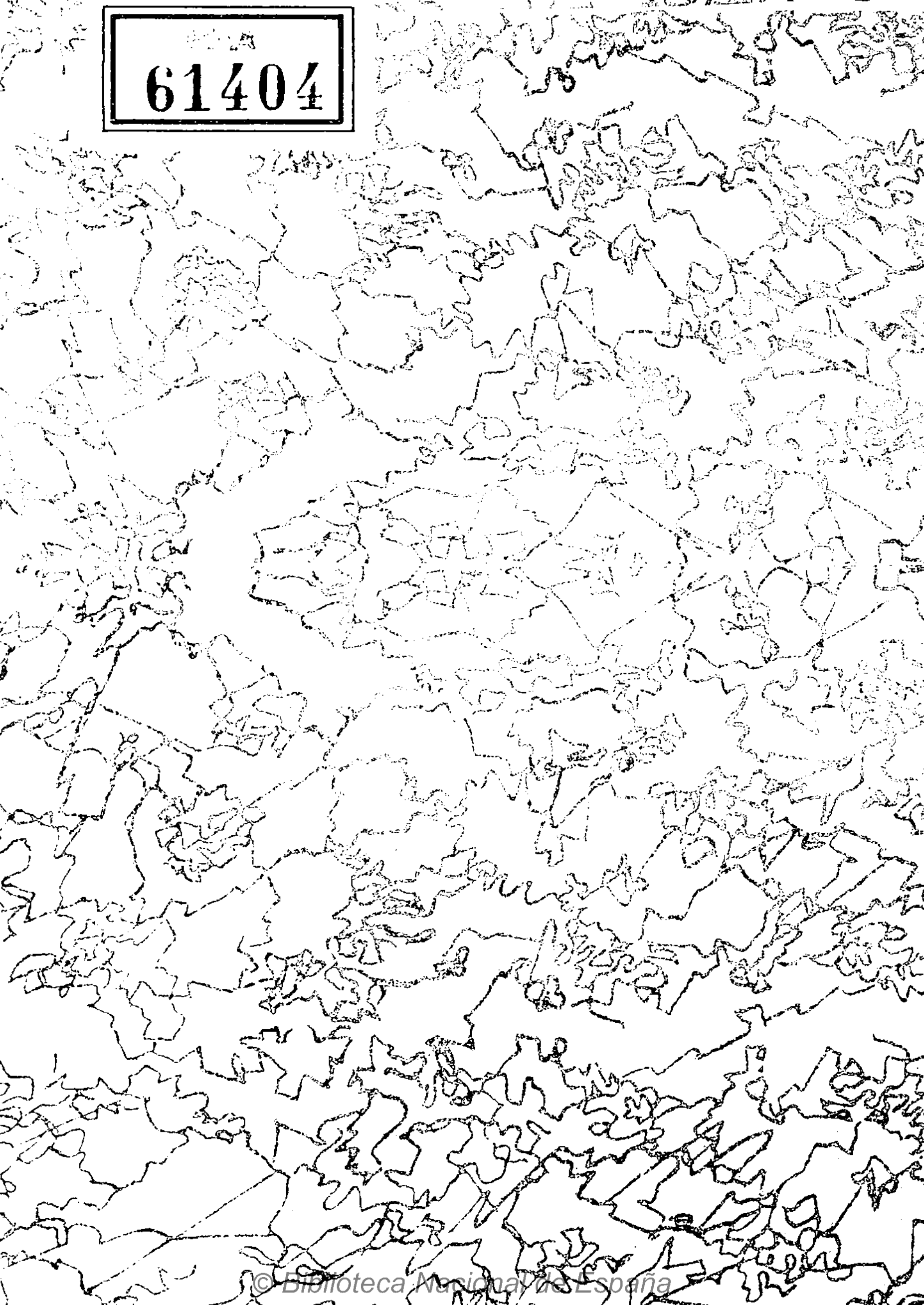
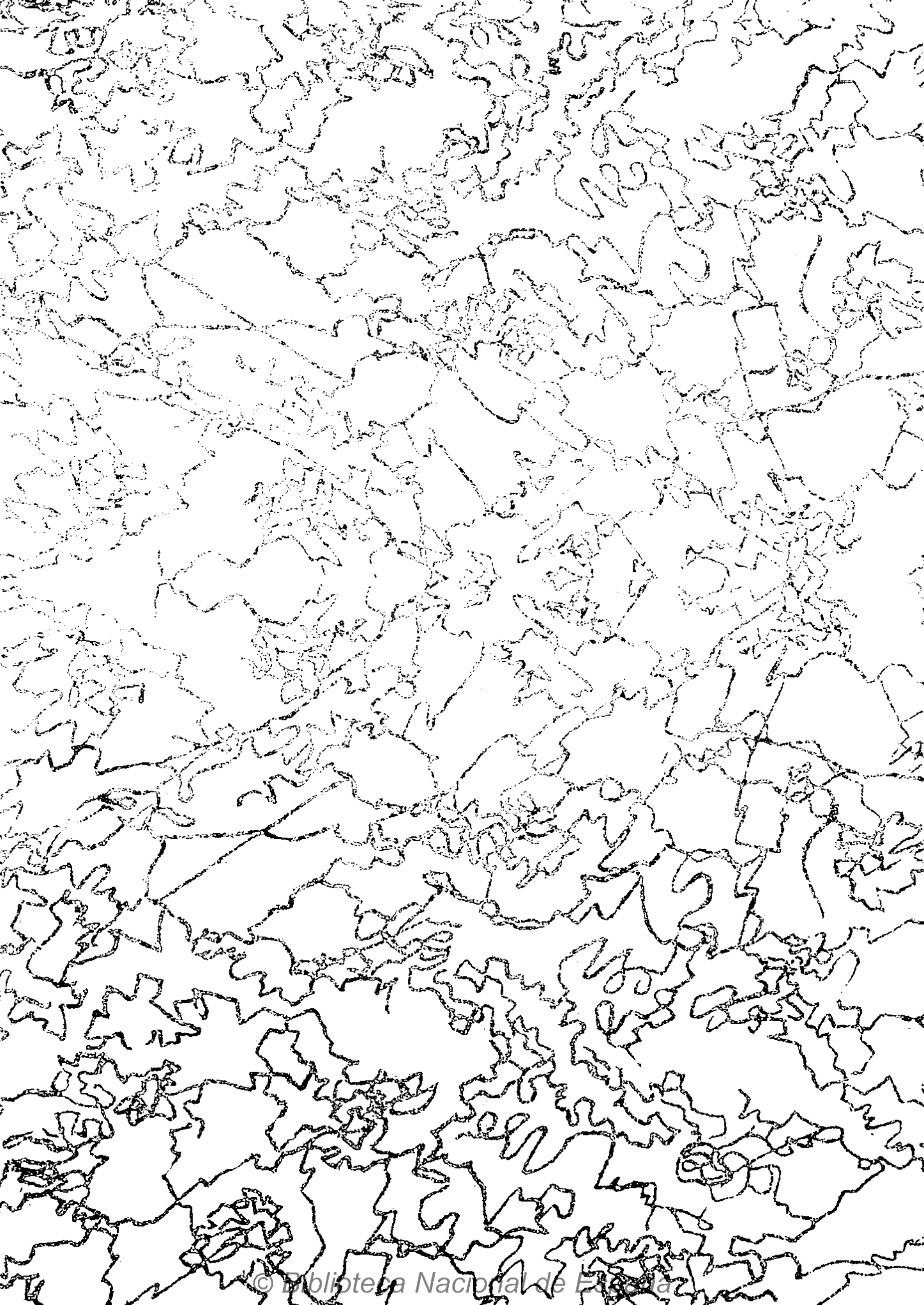

RUBÉN
DARÍO
EN COSTA
RICA




61404



EDICIONES SARMIENTO

CUADERNOS 15 Y 16







RUBÉN DARÍO EN 1892

según fotografía que conserva piadosamente doña Adel Gargollo v. de Jiménez. Con esta dedicatoria:

Mayo 1892.

A mi inolvidable amigo Lesmes Jiménez y su estimabilísima señor
Recuerdos afectuosos de

RUBEN DARIO

RUBÉN DARÍO
EN COSTA RICA
(1891-1892)

CUENTOS Y VERSOS
ARTÍCULOS Y CRÓNICAS



GARCÍA MONGE Y CÍA., Editores
SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.

1919

IMPRENTA ALSINA, SAN JOSÉ, C. R.

RUBÉN DARÍO EN COSTA RICA

El vapor «Colima» al fondear en Puntarenas en la mañana del 24 de agosto de 1891, traía pasajeros realmente selectos: el Gral. Joaquín Zavala, los escritores Anselmo H. Rivas, Enrique Guzmán, Pedro Ortiz—el pobre Pedro Ortiz que ignoraba que aquella tierra que iba a pisar y que se ofrecía enigmática y rara a sus ojos de proscrito, era la que, tiempo después, había de recibirle en su seno trágicamente muerto.—Con ellos, aunque de distinta procedencia y por distinta causa empujado, venía el peregrino. Le acompañaba su joven esposa y la madre de ésta, hija y esposa respectivamente de Alvaro Contreras, el excelso cantor de Morazán y Santamaría.

A los otros pasajeros los empujaba la tempestad política que entonces grisaba el cielo de Nicaragua. Pero éste, ¿quién sabe por qué venía? Hay un benéfico quién sabe que nos proteje. ¿Por qué si nó cómo explicar que lleguen a estos rincones de América, cierto es que encantadores, cierto es que fabulosamente ricos, pero donde tan poca seducción y tan escaso premio se reservan a los cultivadores insignes de las letras,—cómo explicar—que lleguen los hombres singulares a quienes la razón, pero el

destino de estos países tal vez no, debiera señalar brillantes y luminosas urbes? ¿Cómo no hemos de sentirnos orgullosos los costarricenses al encontrar en nuestros viejos periódicos la firma del poeta, y su nombre prestigioso encabezándolos como redactor, y cómo no ha de aumentar nuestro orgullo el que fuera él, en cierto modo compatriota nuestro por haber nacido bajo el mismo centroamericano sol? Es gloria nuestra, gloria de Hispano-América; justo es que ahora que se reconstruye, digámoslo así, su existencia literaria, colaboremos todos coleccionando sus reliquias, persuadidos de que esta reconstrucción ha de salir él más alto y puro, y más unida y hermanada, en indestructible fraternidad de belleza, nuestra América.

En esta tierra estuvo cerca de un año y dejó versos, necrologías, artículos de crítica, hasta una polémica sostuvo, pero en todo ese material será en vano buscar alguna vez el aullido de lo bajo o el murmullo de la envidia; en todo lo que de su actuación literaria hemos recogido no se encontrará más que lo que él prometió al llegar: «Me guiará ante todo y sobre todo el amor a la belleza y a la verdad», noble propósito que lealmente pudo cumplir él, que era, como todo artista verdadero, de infinita bondad y que bien se sabía que al fin y al cabo: Hacia Belén... la caravana pasa...

Creemos haber recogido lo que en la prensa dejó, pero no hemos ni recogido ni buscado el precioso sedimento que sin duda alguna depositó en

la memoria de quienes, estando aquí, fueron en mayor o menor grado sus amigos. Labor piadosa que no corresponde a los jóvenes porque no la llenarían bien. Corresponde a otros, no precisamente viejos, que conocemos muy bien y que son dueños de pluma bien tajada.

De ahí que el campo de lo que en este folleto se contiene esté lejos de abarcar todos los detalles biográficos de su estada en esta sección del Istmo; más que Rubén Darío en Costa Rica *es* Rubén Darío al través de la prensa de Costa Rica. *¿Y qué nos ha de decir la prensa? Que cumple veinticinco años, que la «Delicada costilla del amigo» se halla enferma, que realiza un paseo a Cartago en compañía de don Juan Ferraz, que asiste a un banquete que obsequió la baronesa de Wilson y con él los doctores Machado, Zambrana y Ferraz (Juan), Pío Víquez y el señor Obispo, que el bardo ha sido nombrado delegado del gobierno para los exámenes del Colegio de Sión y que ha parado mientes «En la niña pequeña que recita los mandamientos de la ley de Dios» y «En la señorita de diez y seis años que analiza un fragmento de Bossuet o una oda de Víctor Hugo», que ha nacido don Rubén Darío y Contreras, que en la Librería Montero se vende* Azul..., *«El libro de moda», o por fin nos cuenta que se fué y que en las playas que abandona deja muchos que le aman y le admiran y que hacen votos sinceros por la felicidad del raro, confiados en que el genio, la bondad y la dulce calma pusieron en su cielo las estrellas favorables.*

Que debían refulgir mucho cuando en la noche del 15 de mayo de 1892, en el vapor «Barracouta», abandonó esta tierra que tiene frescos torrentes, clima helénico, prados muy verdes, muy lindas mujeres, muy rojas bayas de café, pero donde a pesar de haber setecientas especies de pájaros se asfixian los poetas.

Rindamos expresivas gracias a quienes en esta labor nos ayudaron; son ellos el Sr. García Monge, el Lic. don Máximo Fernández, que puso a mi disposición su colección de periódicos—la más valiosa del país,—y don Manuel de la Torre, el diligentísimo empleado de la Biblioteca Nacional.

TEODORO PICADO h.

No puedo rememorar por cuál motivo dejó de publicarse mi diario, (1) y tuve que partir a establecerme en Costa Rica. En San José pasé una vida grata, aunque de lucha. La madre de mi esposa era de origen costarriqueño y tenía allí alguna familia. San José es una ciudad encantadora entre las de la América Central. Sus mujeres son las más lindas de todas las de las cinco Repúblicas. Su sociedad una de las más europeizadas y norteamericanizadas. Colaboré en varios periódicos, uno de ellos dirigido por el poeta Pío Víquez, otro por el cojo Quirós, hombre temible en política, chispeante y popular, intimé allí con el Ministro español Arellano y cuando nació mi primogénito, como he referido, su esposa, Margarita Foxá, fué la madrina.

Un día vi salir de un hotel, acompañado de una mujer muy blanca y de cuerpo fino, española, a un gran negro elegante. Era Antonio Maceo. Iba con él otro negro, llamado Bembeta, famoso también en la guerra cubana.

---

(1) En Guatemala. «El Correo de la Tarde», diario semioficial de que Darío fué director y propietario.

Tuve amigos buenos como el hoy general Lesmes Jiménez, cuya familia era uno de los más fuertes sostenes de la política católica. Conocí en el Club principal de San José a personas como Rafael Iglesias, verboso, vibrante, decidido; Ricardo Jiménez y Cleto González Víquez, pertenecientes a lo que llamaremos nobleza costarriqueña, letrados doctos, hombres gentiles, intachables caballeros, ambos verdaderos intelectuales. Todos después han sido presidentes de la República. Conocí allí también a Tomás Regalado, manco como don Ramón del Valle Inclán, pero maravilloso tirador de revólver con el brazo que le quedaba; hombre generoso, aunque desorbitado cuando le poseía el demonio de las botellas, y que fué años más tarde presidente también, de la República de El Salvador. Sobre el general Regalado cuéntanse anécdotas interesantes que llenarían un libro.

Después del nacimiento de mi hijo la vida se me hizo bastante difícil en Costa Rica y partí solo, de retorno a Guatemala, para ver si encontraba allí manera de arreglarme una situación.

(De *La Vida de Rubén Darío escrita por él mismo*).

NOTA.—Darío siempre conservó vivas simpatías por Costa Rica, sus cosas y sus hombres; siempre tuvo un elogio para ella. En un número de *Mundial* le dedicó un caluroso artículo. Y nos hizo este gran servicio: consagró en el mundo de habla castellana a nuestro egregio Aquileo con el estudio que hizo de sus *Concherías*.

UNA TAREA

Llaman los franceses «hacer una campaña», cuando un escritor expone por algún tiempo en su diario, y en determinada serie de artículos, sus ideas respecto a asuntos diversos, literarios, políticos, sociales, artísticos. Yo no voy a hacer en este periódico ninguna campaña, porque la campaña supone combate, lucha, ataque, defensa.

Será la mía una tarea. Me guiará ante todo y sobre todo el amor a la belleza y a la verdad.

Me ocuparé de este hermoso y joven país de Costa Rica, considerándolo bajo sus distintos aspectos. Diré lo que pienso de sus costumbres, del espíritu de sus hombres, de su cielo, de su tierra, de sus poetas y de sus mujeres.

Será mi tarea una constante manifestación de impresiones, sin ningún prejuicio, sin ninguna traba, sin ninguna preocupación.

Diré de las glorias de sus héroes, de las campañas de sus políticos, de la producción de sus cosechas, del acrecentamiento general de su progreso; y de como son feraces sus campos y rústicamente bellas sus campesinas. No me inmiscuiré en la política local.

Procuraré que mis artículos tengan buenas y honradas ideas, y el mejor estilo y forma que puedan hacerme ofrecer mis esfuerzos.

De cuando en cuando narraré una historia amable, o un cuento azul.

Al penetrar al recinto de esta redacción, no traigo armadura, escudo ni lanza. No soy un luchador.

Poder servir al país que hoy me acoge y me hospeda es mi mayor deseo. Cada cual da lo que puede y lo que tiene. No será culpa mía, si cuando se aguarde que deposite en esta noble y fecunda tierra un puñado de simiente productora, yo no puedo dejar como mi ofrenda sino un pobre, pero fresco ramillete de rosas.

(*La Prensa Libre*, 4-IX-91).

Apuntes

La sabana es extensa y verde, como el paño de un billar digno de Goliath o de Briareo.

El carruaje se desliza sobre la grama, que presenta a las ruedas una esponjosa suavidad de terciopelo. Arriba manchan de blanco y gris el cielo azul, nubes desgarradas y avellonadas; algunas casi convertidas en una disuelta y vaga opacidad brumosa. Allá en el fondo, se destacan los cerros sinuosos y ondulados, en los cuales sinfoniza al claro y dorado sol, toda la gama del verde: verde-mar, verde acardenillado, verde que se confunde con una blancura pálida. Los caballos nos arrastran con andar acompasado y lento. Pasa un pájaro. Un poeta alaba a una diminuta y humilde flor cam-

pestre. Y el espíritu contemplativo y soñador, goza de un misterioso y exquisito deleite, conmovido por la divina armonía de la naturaleza.

(*El Heraldo*, 2-IX-91).

Un libro para la amistad

Pronto aparecerá el libro; se leerá, se sentirá. Pronto aparecerá el libro de los versos del joven amable, del poeta adolescente que partió no ha mucho tiempo en un día triste, camino de la misteriosa eternidad. Va a ser impresa la obra en prensas nacionales y en edición esmerada; y llevará el retrato del querido e inolvidable Meyo, grabado por un artista americano.

Los costarricenses conocen muchos de esos versos, dulces flores primeras, llenas del perfume que flotaba en los ensueños de una alma soñadora y sensitiva. No hay rosa nueva más fresca que aquella juventud deshecha en flor, ni perla más limpia y valiosa que aquel corazón generoso y ardiente. Dicen los que conocieron a Juan Diego que era delicado como una mujer, artista, amigo fiel y fino, adorador entusiasta de la divina y eterna belleza. Así hallaba en idealiza-

ciones y en vagas, pero lisonjeras esperanzas, campo para su espíritu volador como un celeste pájaro y vivo como una llama de luz sagrada e infinita. Cuanto a su obra literaria, no todo lo que produjo es aquilatado y de buena calidad. De modo que al publicar esas producciones, sería conveniente que un trabajo de escogimiento y selección dejara la mejor para el volumen y guardara entre las amadas reliquias de la casa familiar, los versos siempre leídos con cariño y pasión por los amigos y queredores del simpático poeta, pero no fuertes y a propósito para resistir una mirada de implacable crítica.

De todos modos, el libro será un libro para la amistad. Se leerán los versos juveniles que dicen cómo amó y pensó Juan Diego Braun, cómo sintió a Dios y a la Naturaleza, y la suprema influencia de la mujer, flor adorable del universo. Y así se sentirá con él y se verán las alas rosadas de su generosa y tierna musa, y recorrerá el encantado jardín de su fantasía, poblado de las más puras y radiantes ilusiones.

Las damas tendrán el libro en su salón como un adorno, y le pondrán sobre su regazo, como si fuese un ramo de violetas y

jazmines de la tierra patria. Libro del corazón, libro del sentimiento, en sus páginas los versos del joven celebrado, mostrarán junto al amante deseo que en la rima canta y madrigaliza, las quejas, los suspiros, los valiosos diamantes de las lágrimas.

No será la publicación para los gramáticos, para los pedantes obtusos, para las tijeras de los censores malignos. Mal hará quien, por tal cual lunarcillo, desgarre un soneto de Juan Diego, con las cuchillas de cierta crítica dañosa. Sería como si se descuartizase una paloma por tener una pluma oscura en el plumaje cándido. A Braun hay que juzgarle con el corazón al recorrer la gama pura que brota del arpa vibrante y lírica de su sentimiento.

Será, pues, bienvenido el volumen que contenga los sueños rimados del poeta, a quien otro valiente y poderoso, mi querido amigo Pío Víquez, ha consagrado una de sus más bellas y brillantes producciones.

(*La Prensa Libre*, 11-IX-91).

¡Bronce al soldado Juan!

BRONCE al soldado Juan! Música, himnos al Mestizo! Pompas y gloria al «gallego»! Costa Rica celebra al pueblo en el soldado, y al heroísmo en el ciudadano humilde, que murió valiente, en trance raro y épico, digno del canto de un Homero indígena, con su antorcha en la mano! Bronce al soldado Juan! para que vea el costarricense de mañana en su civilización creciente y brilladora cómo eran los que iban arma al hombro, al son del clarín de las viejas campañas, mandados por capitanes que hoy tienen la cabeza, fogueada antaño, llena de canas. Buenos tiempos viejos, caros a nuestros padres! Entonces fué cuando se echó al bucanero de rifle y bota, como a una fiera invasora; entonces era cuando cantaban en los campamentos los soldados bravos, canciones patrióticas al son de la guitarra que iba so-

bre el morral del sargento o la chamarra del cabo, para alentar y alegrar con sus cuerdas, en las noches del vivac, a los que luchaban por la patria y la libertad.

Eran los atrevidos combatientes de la guerra nacional; era el momento histórico en que Costa Rica fué el país salvador de sus hermanas de Centro América. Y en una noche, en un instante, de entre los hijos del pueblo, brota una hermosa encarnación del heroísmo, admirablemente a propósito para ser eternizada en una estatua por un escultor fogoso y fuerte, por un artista magistral.

Juan Santamaría...? He oído discutir su acción...; que no es de Alajuela sino de Barba...; que era feo, con el pelo erizado, que era un hombre vulgar...; truenos de Dios! Si no hubiera existido sería un sagrado símbolo para la noble patria costarricense! Del estúpido Eróstrato se sabe que existiese, incendiario brutal y desatentado, después de tantos siglos que han pasado sobre su memoria. Ayer no más realizó su triunfo Santamaría y ya habría que discutir su existencia?

Nazca en Barba o en Alajuela, o en San José, lo que brilla es su frente de héroe, ya

resplandeciente en una lírica y espléndida apoteosis. La pobre madrecita, hija del pueblo como él, y a quien se le dió pensión escasa aunque aliviadora, diría como era su hijo Juan Santamaría, «el gallego», «el erizo», el pobrecillo que tiene ahora pedestal de granito para su estatua y una gloria de luz inmortal para su nombre.

Se ha comparado a Juan Santamaría con Ricaurte. Ambos son de sangre heroica, y en la sublime democracia de la gloria, pasan juntos bajo el mismo arco de palmas, ceñidos con los mismos laureles, el capitán gallardo que voló el polvorín y el soldadito atrevido que prendió fuego al mesón.

Cuando llegaron a Rivas los militares de Costa Rica, el 8 de abril del año 56, iba en las filas el hijo de Alajuela, camino de la muerte, con su fusil de chispa, sin advertir que sobre su cabeza desplegaba las grandes alas la diosa soberbia que haría resonar el nombre humilde, el eco augusto de su bocina de oro. Ibase a arrojar del suelo de Centro América al bizarro aventurero y sus cazadores yankees; íbase a combatir con ellos y con los nicaragüenses que se unían a los invasores de Guillermo Walker. Así era la campaña nobilísima! Así caminaban

los batallones costarricenses, a ayudar al hermano a echar de su casa al filibustero.

LA bandera de Costa Rica flamea en una luz de triunfo, en el día que se inaugura la estatua del héroe popular. Quiera Dios que en determinados tiempos y en distintos lugares súrjan del pueblo figuras grandiosas, dignas del canto de los bardos y de los monumentos inmortales. Salen de entre los proletarios, del campo o de la montaña. Ya es Tell, el cazador de la Suiza, cuyo enorme perfil se pierde entre las vagas nieblas de la leyenda; ya es Aldea, el sargento de Chile, que como Santamaría en Alajuela, tiene en Valparaíso su simulacro de bronce, que saludarán con respeto y admiración profundísima las generaciones venideras. Estos son los buenos, los grandes, los que no mueren en la memoria de las naciones; estos son los que se cantan en los romanceros, y en las epopeyas, los que lucen con mayor aureola en las historias y en los anales, los que sirven de eterno ejemplo y de eterna enseñanza, y forman en el cielo de la patria, resplandecientes y supremas constelaciones.

BRONCE al soldado Juan! Músicas e himnos al Mestizo! Gloria al que se sacrificó por la libertad bajo el triunfante pabellón de su tierra! Apoteosis al hombre mínimo, cantado la primera vez por la palabra hímnica y fogosa de Alvaro Contreras, celebrado por los versos de los poetas nacionales, eternizado en el metal de la inmortalidad por el cincel de artífice europeo, y cuyo nombre y recuerdo vivirá por siempre en el corazón de todos los costarricenses.

(*El Heraldo*, 15-IX-91).

Con éxito espléndido se verificó la velada que a beneficio de los pobres celebró la Sociedad de San Vicente de Paul. Debemos dar nuestras congratulaciones a la señora doña Vicenta de Rojas, organizadora de la fiesta.

Nuestro corredactor don Rubén Darío pronunció en aquel acto unos lindos versos que fueron aplaudidos calurosamente: el público llamó al autor a las tablas para aplaudirlo.

Publicamos esos versos, que hechos una hora antes de la función, en verdad son un impromtu:

Dulce niña!, dulce niña!
Con el pobre se encariña
con la viuda y el anciano!
Por llevar alivio al lecho,
se quita el ramo del pecho
y el anillo de la mano.

Dulce niña! Canta, canta!
Bendito ese tierno afán,
que nos anima y encanta!

La amable voz se levanta
porque el pobre tenga pan.

Bella, la blanca paloma,
da como óbolo un arrullo!
Y da la rosa en capullo
la limosna de su aroma!

Suave flor de caridad!
que con perfume divino
embalsamas el camino
de la pobre humanidad;

Sublime urna de cariño,
celeste arcángel sagrado
que tiendes al desgraciado
tus blancas alas de armiño;

Lirio de blandos consuelos
lleno de supremo hechizo!
Estrella del paraíso,
margarita de los cielos!

La virtud está contigo.
Tu palabra es una rima
que canta un querube encima
de la choza del mendigo.

Oh! damas de este país
sensibles y soñadoras,
oh gallardas triunfadoras
como las flores de lis;

Ojos negros, rizos de oro;
bocas rojas, talles breves;
luces, astros, fuegos, nieves,
voz de miel, canto sonoro;

Las que vais del bien en pos
y calmáis extrañas penas,
sed siempre dulces y buenas
para que os bendiga Dios!

(*La Prensa Libre*, 19-IX-91).

Fiesta de la Patria

Fueron a la ciudad de Alajuela, que tiene verdes colinas y bellos montes a su alrededor, los ciudadanos de las distintas partes del país, con gozo patriótico a fiesta fraternal y plausible, a ver como se descubría la figura de bronce del tambor Santamaría, aquel que le dió fuego al Mesón, allá en Rivas, cuando los yankees, cuando fuimos librados del extranjero invasor. La alegría nacional, la pompa oficial, las marciales músicas, dominaron la hermosa población vecina donde hay agraciadas mujeres, agua saludable y cristalina, sol ardiente y áureo, flores, clima propicio a la salud.

Así se repobló la ciudad, se rellenó de gente; casas faltaban casi donde contener tanta ola humana. Desde la víspera, hoteles y posadas y habitaciones particulares estaban colmadas. Ventura Cordero en su

casa de dos pisos, apenas pudo alojar unas cuantas familias. El español Martínez, en su nuevo hotel, hizo prodigios de aglomeración; lo que es decir bastante. Logró atender y servir buenamente a sus pasajeros, a pesar de la llenura de su fonda.

Todos los que iban a la celebración nacional, arriesgaban en el tren sus personas...; y cada cual temía un descalabramiento.

En esos trenes con sus locomotoras repletas de negros, va siendo cosa de riesgo el viajar, porque casi no hay día en que no se tenga noticia de un mal incidente.

Por fin, he allí que se llega el día en que la estatua se muestre al sol de Dios y a la vista del pueblo costarricense, que va a ver la glorificación y apoteosis del «gallego», del pobre hijo de Alajuela, cuyo nombre es hoy símbolo heroico en los anales de la nación.

Allá fueron juntos el botón rojo y la escarapela tricolor, los hombres de uno y otro partido; los de Rodríguez y los de Esquivel, todos en un corazón, porque iban a un concurso de patriotas, a una celebración de casa, de hogar, de terruño, de familia; a ver el vencimiento de la idea de la patria,

sobre todas las ideas parciales y de cuerpos políticos; a ver a la madre Costa Rica poner bajo solio de inmortalidad al «Erizo» humilde, hijo de la tierra propia, hermano sublime de los héroes legendarios, miembro de la raza común, ser épico y cantado por los poetas, cuya encarnación de bronce, pierde su grandioso perfil en las más luminosas y triunfales auroras de nuestra historia.

EL día catorce, de las dos a las seis de la tarde, entraron a la población los militares josefinos, cartagineses y heredianos; entraron con su clarín a la cabeza, llenos de entusiasmo. Y a las ocho de la noche, cuando un enorme florecimiento de luz se extendía por toda la ciudad, cuando de los edificios públicos y particulares brotaba un pintoresco diluvio de claridades distintas, ya de los jarros rosados o verdosos de los faroles chinescos, pintados de grandes rosas rojas, o de grullas pálidas o azulejas, ya de las lámparas de cristal alineadas sobre los frisos, en lo alto de las puertas, o en los marcos de las ventanas por donde se asomaban las niñas; estallaron las músicas marciales, se oyeron las alegres fanfarrias, la explosión sonante y vibradora de cuatro bandas, que

bajo el cielo de la noche, comenzaron las tocatas de una magnífica retreta.

Esto era en el Parque donde la estatua del héroe estaba aún cubierta por el velo que debía rasgarse en el siguiente día.

Gente, había mucha; hombres, mujeres, niños. Grupos de hombres pasaban conversando; las mujeres sonreían; los niños lanzaban sus carcajadas o compraban dulces; hasta los pobrecitos muchachos de las casas modestas, los compraban riendo a carcajadas, joviales, amables y sencillos, con vestido nuevo.

Los que no se desvelaron tuvieron un súbito y alegre despertamiento, cuando a las cuatro de la madrugada, con la luz del alba, fueron las bandas por la población,—mientras sonaban entusiasmando las salvas de los cañones—tocando dianas. La ciudad se despertó con su traje de fiesta, las gentes se echaron a la calle; las damas lindas estaban en las puertas, rosadas al fulgor del sol; y el cielo estaba claro; el tiempo benigno, porque así quiere Dios que la naturaleza contribuya con su tranquilidad, esplendor y galas mejores, a la magnificencia de un santo día de la patria.

Fué a las diez cuando sonó la locomotora,

anunciando la llegada de la comitiva oficial. El Presidente de la República, los Supremos Poderes, fueron recibidos con los honores correspondientes, en medio de una enorme concurrencia. El general entusiasmo se demostraba. Luego fué el banquete; espléndido y fraternal ágape!

La comitiva oficial estaba allí. Componíanla los Supremos Poderes; el distinguidísimo señor de Arellano, Ministro de S. M. Católica; los altos dignatarios de la Iglesia; Camilo Mora, el simpático y caballeroso amigo, en representación de su ilustre padre, de inextinguible memoria, y del General don José Joaquín, uno de los mejores hijos de Costa Rica; y junto con Camilo, el descendiente del preclaro General Cañas; después los Gobernadores y los Munícipes; los Cónsules extranjeros; los periodistas; los miembros del Estado Mayor, y el Comité Municipal de las fiestas de Alajuela.

Las tropas llegaron a la plaza Principal. El oro de los galones y el acero de las armas espejeaban a la luz. Después, la comitiva toda se dirigió al parque de la estatua, para que se diese principio a la solemne ceremonia del descubrimiento.

A un son de clarín quedó la plaza en si-

lencio. El señor Ministro don Rafael Iglesias comenzó su discurso. Discurso elocuente y magnífico fué el suyo. Su palabra vibró oportuna y en una lengua de patriotismo y de nobleza, conmovió feliz y ardientemente el ánimo de todos los circunstantes.

Bello fué aquel final, cuando se dirigió a los inválidos, cuando habló a los compañeros del Erizo, cuando hizo descubrir el monumento y apareció el Erizo con su tea empuñada. Fué un formidable grito universal. Las bandas hicieron estallar en trueno nacional y armónico, el himno patrio, vivo y sonoro; las mujeres en los balcones agitaban los pañuelos y buscaban las flores del corpiño; lloraban con ardiente y súbito júbilo, los caballeros de sombrero de pelo y los trabajadores de chaqueta y sombrero de pita; se mezclaban los aplausos y los gritos, al canto militar de los cobres, al ruido de los tambores del ejército, al clamor agudo y vibrante de las cornetas. Y temblando de emoción, los inválidos de los viejos batallones y los soldados nuevos, presentaban las armas!

Los más altos honores se le hicieron al «gallego», en tanto que sonaban con estruendo poderoso, las salvas que daban al viento, los infantes y los caballeros.

Tocábale al Presidente del Congreso hablar en seguida, pero el honorable señor Iglesias no pudo concurrir a la magnífica ceremonia por quebrantos de salud. Quien subió a la tribuna fué Ricardo Jiménez, esa encarnación de todo lo que de vigoroso tiene en su espíritu y en su corazón, la generosa y noble juventud costarricense. Habló como Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Fué su discurso magnífica sucesión de períodos marmóreos, incrustados de los más finos metales de su tesoro de pensador; tuvo frases flamantes como banderas de seda; frases hímnicas para la patria común, frases lisonjeras para la provincia del héroe.

A nombre de la Municipalidad de esa provincia, pronunció después Marcelino Pacheco, un discurso fogoso y patriótico de las mejores producciones literarias suyas. Y luego el aire se pobló de armonía; cantóse por crecidísimo coro, un himno, cuya música fué escuchada como si fuese un cántico de la patria, un peán al vencedor del tiempo y de la gloria, una salutación al coronado por la fama, y colocado en el pedestal de la epopeya, por la fuerza sacratísima de la eterna y divina Poesía.

Pero antes de que sonase ese himno, un

poeta nacional, Luis R. Flores, leyó unos versos extensos y viriles, que fueron acogidos con extraordinarias muestras del más vivo entusiasmo.

Después de la obra musical a que me he referido, y que fué compuesta expresamente para ser estrenada en ese día, por el maestro Chaves T., cuyo talento de artista según se me informa, no solamente ha logrado los aplausos de sus compatriotas, sino también los de competentes apreciadores europeos, siguieron dos himnos más, que fueron asimismo escuchados y aplaudidos, ambas obras de mérito, debidas a la inspiración de los conocidos y celebrados artistas Pedro R. Calderón y Gordiano Morales. En seguida rompieron las bandas en un paso doble, de Octavio Morales, y comenzó el desfile del ejército delante de la estatua. Grandemente fué aclamado el cuerpo de inválidos, cuando pasaron éstos en marcha frente a la efigie del antiguo compañero alajuelense; gozosa iba la tropa de viejos, cuyas canas se veían blanquear bajo los kepis.

Entre los veteranos iba un ciego, que quiso concurrir él también a la fiesta del triunfo de su camarada Juan, y que para

marchar se apoyaba en el brazo del inválido que tenía más cercano.

Ya la comitiva oficial estaba en el Palacio de la Municipalidad, cuando los veteranos llegaron; les recibió el Presidente de la República, y hubo honores y vítores. Y he aquí algo profundamente conmovedor, gentes de valía tuvieron en sus manos los rifles de los antiguos defensores del común hogar, cuando éstos se sentaron a la mesa que se les tenía preparada. Los viejos y buenos combatientes, tuvieron allí un rato de la más franca alegría. Reían y conversaban entre ellos, con sus modos expansivos y campechanos, y bebían a la memoria del bravo «Erizo»!

A las ocho de la noche el parque Juan Santamaría iluminado con profusión de luz, se veía lleno de gente, que oía la música de las cuatro bandas; y en la plaza principal, poblaban el espacio con sus colores luminosos y sus súbitos incendios los fuegos artificiales.

Luego fué el baile.

De San José, de Cartago, de Heredia, habían llegado damas para concurrir a él. Asistió el Presidente de la República. Túvose el mejor tino en el adorno del salón,

que es, sin disputa, uno de los más extensos de Centro América. La orquesta, hábilmente dirigida, no dejó que desear. Se bailó hasta la aurora. Con sol nuevo se concluyó el último vals. Los trenes partieron atestados de concurrentes. Y así acabaron las fiestas de la apoteosis del tambor sublime.

(*La Prensa Libre*, 22 al 25-IX-91).



LA MUERTE DE SALOMÉ [1]

LA Historia a veces no está en lo cierto. La leyenda en ocasiones es verdadera, y las hadas mismas confiesan, en sus intimidades con algunos poetas, que mucho hay falseado en todo lo que se refiere a Mab, a Brocelianda, a las sobrenaturales y avasalladoras beldades. En cuanto a las cosas y sucesos de antiguos tiempos, acontece que dos o más cronistas contemporáneos, estén en contradicción. Digo esto, porque quizá habrá quien juzgue falsa la corta narración que voy a escribir en seguida, la cual tradujo un sabio sacerdote mi amigo, de un pergamino hallado en Palestina, y en el que el caso estaba escrito en caracteres de la lengua de Caldea.

(1) Nos dice nuestro poeta don Justo A. Facio que Darío escribió este cuento en Guatemala.

SALOMÉ, la perla del palacio de Herodes, después de un paso lascivo, en el festín famoso donde bailó una danza al modo romano, con música de arpas y crótalos, llenó de entusiasmo, de regocijo, de locura, al gran rey y a la soberana concurrencia. Un mancebo principal deshojó a los pies de la serpentina y fascinadora mujer, una guirnalda de rosas frescas. Cayo Menipo, magistrado obeso, borracho y glotón, alzó su copa dorada y cincelada, llena de vino, y la apuró de un solo sorbo. Era una explosión de alegría y de asombro. Entonces fué cuando el monarca, en premio de su triunfo y a su ruego, concedió la cabeza de Juan el Bautista. Y Jehová soltó un relámpago de su cólera divina. Una leyenda asegura que la muerte de Salomé acaeció en un lago helado, donde los hielos le cortaron el cuello.

No fué así, fué de esta manera.

DESPUÉS, que hubo pasado el festín, sintió cansancio la princesa encantadora y cruel. Dirigióse a su alcoba, donde estaba su lecho, un gran lecho de marfil, que sostenían sobre sus lomos cuatro leones de plata. Dos negras de Etiopía, jovenes y risueñas, le desciñeron su ropaje, y, toda

desnuda saltó Salomé al lugar del reposo, y quedó blanca y mágicamente esplendorosa, sobre una tela de púrpura, que hacía resaltar la cándida y rosada armonía de sus formas.

Sonriente, y mientras sentía un blando soplo de flabeles, contemplaba, no lejos de ella, la cabeza pálida de Juan, que en un plato áureo, estaba colocado sobre un trípode. De pronto, sufriendo extraña sofocación, ordenó que se le quitasen las ajorcas y brazaletes, de los tobillos y de los brazos. Fué obedecida. Llevaba al cuello a guisa de collar, una serpiente de oro, símbolo del tiempo, y cuyos ojos eran dos rubíes sangrientos y brillantes. Era su joya favorita; regalo de un pretor, que la había adquirido de un artífice romano.

Al querérsela arrancar, experimentó Salomé un súbito terror: la víbora se agitaba como si estuviera viva, sobre su piel, y a cada instante apretaba más y más, su fino anillo constrictor, de escamas de metal. Las esclavas, espantadas, inmóviles, semejaban estatuas de piedra. Repentinamente, lanzaron un grito, la cabeza trágica de Salomé, la regia danzarina, rodó del lecho hasta los pies del trípode, adonde estaba,

triste y lívida, la del precusor de Jesús; y al lado del cuerpo desnudo, en el lecho de púrpura, quedó enroscada la serpiente de oro.

(*La Prensa Libre*, 27-IX-91).

Neurosis

Una noche
tuve un sueño:
luna opaca,
cielo negro.
Yo en un triste
cementerio,
con la sombra
y el silencio.
En sudarios
medio envueltos,
descarnados
esqueletos
muy afables
y contentos,
mi visita
recibieron.
Indagaron
los sucesos
que pasaban
ese tiempo;

las maniobras
del ejército,
los discursos
del Congreso,
de la Bolsa
los manejos,
y reían
de todo eso.
Con sorpresa
supe de ellos
que gustaban
de los versos
que en mis dudas
y en mis celos
a mi amada
siempre ofrezco.
¡Qué sabían,
me dijeron
ya la historia
de los besos!...
Y se hacían
muchos gestos
y ademanes
picarescos;
y reían
con extremos
al ruido
de sus huesos.

En seguida
refirieron
que se siente
mucho hielo
en las noches
del invierno,
en las fosas
de los muertos.
Despedíme.
¡Muy correctos
los saludos
que me hicieron!
Salí al campo.
Miré luego
luna opaca,
cielo negro.
Muy ufano
dice el médico
que la causa
de estos sueños
se halla toda
por mis nervios
y en el fondo
del cerebro.

Valparaíso, 1887.

(La Prensa Libre, 27-IX-91).

FEBEA

A TOBÍAS ZÚÑIGA

FEBEA es la pantera de Nerón.

Suavemente doméstica, como un enorme gato real, se echa cerca del César neurótico, que le acaricia con su mano delicada y viciosa de andrógino corrompido.

Bosteza, y muestra la flexible y húmeda lengua entre la doble fila de sus dientes, de sus dientes finos y blancos. Come carne humana, y está acostumbrada a ver a cada instante, en la mansión del siniestro semidiós de la Roma decadente, tres cosas rojas: la sangre, la púrpura y las rosas.

Un día, lleva a su presencia Nerón a Leticia, nívea y joven virgen de una familia cristiana. Leticia tenía el más lindo rostro de quince años, las más adorables manos rosadas y pequeñas; ojos de una divina mirada azul; el cuerpo de un efebo que estu-

viese para transformarse en mujer,—digno de un triunfante coro de exámetros, en una metamórfosis del poeta Ovidio.

NERÓN tuvo un capricho por aquella mujer: deseó poseerla por medio de su arte, de su música y de su poesía. Muda, inconmovible, serena en su casta blancura, la doncella oyó el canto del formidable «imperator» que se acompañaba con la lira; y cuando él, el artista del trono, hubo concluido su canto erótico y bien rimado según las reglas de su maestro Séneca, advirtió que su cautiva, la virgen de su deseo caprichoso permanecía muda y cándida, como un lirio, como una púdica vestal de mármol.

Entonces el César, lleno de despecho, llamó a Febea y le señaló la víctima de su venganza. La fuerte y soberbia pantera llegó, esperezándose, mostrando las uñas brillantes y filosas, abriendo en un bostezo despacioso, sus anchas fauces, moviendo de un lado a otro la cola sedosa y rápida.

Y sucedió que dijo la bestia:

Oh Emperador admirable y potente. Tu voluntad es la de un inmortal; tu aspecto se asemeja al de Júpiter, tu frente está

ceñida con el laurel glorioso; pero permite que hoy te haga saber dos cosas: que nunca mis zarpas se moverán contra una mujer que como ésta derrama resplandores como una estrella, y que tus versos, dáctilos y pirriquios te han resultado detestables.

(*La Prensa Libre*, 1-X-91).

BALMACEDA

En la historia de nuestro continente una de las páginas más trágicas, más sangrientas, y de mayor enseñanza para el porvenir, será la que se refiere al presidente suicida, al chileno Balmaceda.

En otra ocasión escribí estas palabras respecto a este extraño personaje: «El Presidente Balmaceda *at home*, sería un tema digno de un conde Paul Vasili. Habría mucho que decir de ese hombre superior, jefe de una grandiosa nación y de una noble y ejemplar familia». «El señor Balmaceda, persona de rara potencia intelectual, además de las dotes de gobernante que posee, es un literato y orador distinguido. Sobre todo, en la tribuna es donde ha triunfado más en su vida pública. Su voz es vibradora y dominante; su figura llena de distinción, la cabeza erguida, adornada por una poblada melena, el cuerpo delgado e

impotente, su trato irreprochable, de hombre de corte y de salón, que indica a la vez al diplomático de tacto y al caballero culto. Es el hombre moderno».

Tal era el pobre y desgraciado jefe del caido gobierno de Chile.

Recuerdo la primera vez que le vi. Era en su mansión de Viña del Mar, en el precioso chalet donde pasaba las temporadas de verano. Presentado a él por su hijo—el brillante y malogrado *A. de Gilbert*—tuve la honra de sentarme a su mesa. Estaban allí su madre, una anciana y venerable dama, su esposa doña Emilia Toro, nieta del señor de Toro Zambrano, Conde de la Conquista; sus hijos y dos amigos íntimos, hoy el ilustrísimo obispo Fontecilla y el afamado General Cornelio Saavedra, pacificador de los indios araucanos. En la mesa, era la voz del Presidente la que se oía sobre todas, en los mil giros de la conversación. Balmaceda poseía ese agradable chisporroteo de los buenos conversadores, y cierta delicadeza de percepción y de juicio, casi femenil. Al instante se advertía que de continuo estaba en tensión el cordaje de sus nervios.

Estaba organizado de tal manera que sus enemigos al principio de la terrible guerra,

llegaron a señalarle como un caso de alienismo histórico, un ejemplar digno de Lombroso o de Maudsley. Acusábanle de extremadamente orgulloso. Él tenía conocimiento de su propio valer. De ahí que dejase ver ciertos relámpagos de vanidad. Sus detractores en medio de la tormenta revolucionaria, hasta le colocaron entre los grandes bandidos, cometiendo con ello una amarga injusticia. Balmaceda confiado o engañado, olvidó que estaba su gobierno entre dos fuerzas si en todas partes incontrastables, en Chile terriblemente arrolladoras: arriba, el millonario; abajo las masas, el roto. El millonario, es decir, la potencia principal en aquella sociedad aristocrática y opulenta; el roto, es decir un elemento ciego, cruel, desbordado, esa «indómita cruza de potros españoles en vientres de Arauco», según la frase de Vicuña Mackena.

En 1852 escribió Santiago Arcos a Francisco Bilbao, respecto a la aristocracia chilena: «Los descendientes de los empleados que la Corte de Madrid mandaba a sus colonias; los mayordomos enriquecidos hace dos o tres generaciones, y algunos mineros afortunados, forman la aristocracia

chilena, los ricos. La aristocracia chilena no forma cuerpo como la de Venecia, ni es cruel ni enérgica como las aristocracias de las repúblicas italianas; no es laboriosa y patriota como la inglesa; es ignorante y apática y admite en su servicio al que la adula y la sirve. Ha tenido sus épocas brillantes y algunos hombres de mérito: Argomedo, Camilo Enríquez, Rodríguez, los Carreras, O'Higgins, Vera, Freire, los Egañas, don Diego Portales, Salas, y el Presidente Montt; son sujetos todos apreciables y que hubieran figurado dignamente en cualquier país en sus respectivas carreras».

Ahora bien, esa aristocracia, en pasados tiempos, fué la que unida con San Martín hizo a Chile independiente.

Hoy, con mayor vigor y poderío ha apoyado a un Congreso opuesto al Ejecutivo, ha halagado al bajo pueblo, ya inficcionado con virus socialistas y de revuelta, al extremo de dar en la América del Sur el espectáculo de desastrosas huelgas y ha vencido después de inundar el país de sangre.

Balmaceda, visionario, creía, quizá porque defendía la Ley, que el tiempo sería

suyo; sin advertir que sus soldados estaban con la vista fija en el bando opuesto aguardando el instante de la traición. Entre tanto, por cada puerta de los palacios de Santiago, salía a cada momento una maldición, un aliento de odio para el jefe de la Moneda. El delicado y nervioso Presidente, tiene necesidad de mostrarse temible, y emplea el atroz expediente del terror. Las mujeres le insultan. Le arrojan a su morada bombas de dinamita. Parientes, amigos antiguos, jefes antes leales a su gobierno, todo está en la oposición. A su lado no permanece sino uno que otro fiel, como Julio Bañados, joven y dotado de fogosos y peligrosos entusiasmos. En sus filas hay algunas buenas espadas. Están Alcerreca y Barbosa. Estos Generales, hasta el último instante mandan, luchan; por fin, al perderse toda esperanza se hacen matar por las descargas de la revolución. Los ministros caídos, los principales balmacedistas logran escaparse. Balmaceda se ve solo, no puede huir, y se refugia en la casa de un diplomático. Días enteros está encerrado, sin comunicar con nadie, sin hablar una palabra, en su muda desgracia, solo con su sufrimiento, pobre capitán náufrago, abando-

nado y aterrado por la tempestad. Luego, ¿juzgaríase culpable, se acusaría ante su conciencia, formaría en su espíritu el terrible proceso? Es el caso que emprendió el viaje de la muerte. En Roma Torcuato, Ostosio, Vestino, se suicidan, al oir la tremenda palabra tribunicia. ¿Balmaceda escucha únicamente la interior voz de su alma, o como Veto, sabiendo que ha de ser víctima próxima, se anticipa a sus verdugos? El Presidente gentilhombre, acaba como Nerón, el césar neurótico—y mientras se entierra su cadáver—y con él, ay, tal vez el de la democracia chilena, espera la América toda el momento en que, por necesidad fatal, aparezca tras los conflictos que traerá el Gobierno de muchos, tras los antagonismos y los recelos, la espada en el solio, el militarismo, la tiranía, en el noble y bello país que fué modelo y gala de las naciones hispanoamericanas.

(*La Prensa Libre*, 4-X-91).

Recortes

Abrojos

Viendo a su madre aterida
por el frío de la muerte,
el buen Juan lágrimas vierte
por la que le dió la vida.

Y dice al verlo llorar
su novia a su hermana Andrea:
¡mira qué cara tan fea
pone Juan al gimotear!

Y él, las lágrimas secando,
con una mueca de risa
dijo a su novia de prisa:
¿quién dice que estoy llorando?

(*La Prensa Libre*, 6-X-91).

PÁGINAS DE ARTE

RANVIER

LA INFANCIA DE BACO

No es el Baco triunfal que fué a la India, realzado en vasos y medallas; no es el gran Baco obeso y coronado de pámpanos, el que pintó en este cuadro un pintor cortesano para adular a un príncipe imperial. Siguiendo a su inspiración, Ranvier supo escoger su tema en la mitología de la antigua Grecia, buscando como figura principal a un dios fuerte y simpático, desde que nace amparado por el muslo del padre Júpiter;—brota como un pollo del cascarón, el hijo de Semele, tal como se ve en viejo espejo etrusco.—Es el Baco que fomentó la cultura griega, es el vigoroso Dionisio, que está en su infancia. En pavorosos misterios eleusiacos permanece al lado de Coré, y de la fecunda y ubérrima Demeter. Baco niño,

va en los brazos del dios alado y ligero, como si Mercurio, interlocutor de Prometeo en la tragedia eschiliana, fuese el conductor de un símbolo de fecundidad y poderío.

¿En qué sitio pasa la escena del cuadro de Ranvier?

Es de creerse que en las laderas del Nysa, en alguno de los ríos líricos, propicios a las canciones de los poetas antiguos y en cuyas orillas el pie de las ninfas apenas dejaba huella.

En este cuadro hay un cielo puro. Baco todavía no aparece niño triunfador sobre el lomo del león—como después se colocará a Venus.

El barbudo Sileno no surge aún enseñando a su preferido discípulo. No hay todavía ruido de crótalos, tirsos y danzas de bacantes.

Aquí, este Dionisio infantil, aprende a nadar; recibe un baño, en los brazos de una blanca y desnuda ninfa,—supongo que será Mystis, de la cual se sabe en versos griegos que tenía los cabellos largos y opulentos, aunque el artista Ranvier no se los pinte. A la orilla lo aguardan otras también desnudas, blancas y bellas bajo los follajes.

La hermosa Mystis es poética y meritoria porque es la inventora de la vibrante campana, del cascabel alegre y del sonoro tamboril; ella gritó por primera vez con unción alegre: Evohe! y se coronó con la corona fresca y vistosa de los pámpanos de la viña virgen.

Desde los legendarios pintores, hasta el soberano Velázquez, Baco está por obra del pincel, en un perpetuo triunfo. En las ánforas es preferida su viña al citiso de Pan; en los bajo relieves el fauno es su acólito y el sátiro su oficial; en los adornos murales hace fructificar la derrochadora parra, y van a su rededor las bacantes, nombradas *ménades*, por la ardorosa furia báquica. Se le pinta con un vientre de efebo, en su joven aspecto, porque así la pintura se compadece con el verso de la oda de Anocreonte; y cuando se ha querido dar idea de su soberanía y pompa poética, se le ha representado como un Baco sereno y regio—el Sardanápalo índico,—como un Baco majestuoso y pontifial.

El tema de Ranvier no es nuevo. *La educación de Baco* de Poussin, es el mayor de los hermanos antecesores de este cuadro. El nombre y las hazañas del divino con-

quistador, serán tema eterno para los artistas.

Desde los primeros poetas griegos, hasta el más grande de todos los del mundo, hasta Víctor Hugo, Dionisio ha tenido siempre un ¡evohe! y una corona de verdes hojas de viña.

Tengo ante mis ojos las *Fiestas de Ceres* de Aristófanes y leo las siguientes palabras que son un himno: «Guía nuestros coros, oh divino Baco, coronado de hiedra. A ti van dirigidos nuestros himnos y danzas, oh Evohe, oh Bromio, oh hijo de Semele, oh Baco, que te complaces entrando en los corros que forman en las montañas las ninfas y que bailando repites el himno santo ¡Evohe! ¡Evohe! A tu alrededor resuenan los ecos del Citerón y a tus acentos se estremecen las montañas, de negro arbolado e impenetrable sombra y tiemblan las peñas del bosque.»

El Baco vulgar, el dios borracho, el abogado de perdidos y beodos, aquel que buscan los trasnochadores de todos los tiempos, es gordo, tocinudo, con el vientre lleno, no como la cigarra de rocío, sino de vino, un Baco epicúreo, pesado, colorado y rotundo.

El de Ranvier es la amable niñez entre las suaves y sonrosadas carnes de las ninfas guardadoras, en un río tranquilo que refleja cielo sereno y dulce—y si hay verdad exacta en la manera de tratar los cuerpos femeninos, con su firme carnación y su exacto movimiento, bajo ese cielo que tiene toda la luz de la realidad, no es menos ideal la atmósfera del asunto, que es una página mítico-eclógica, bañada de inefable y deleitosa poesía.

(*La Prensa Libre*, 8-X-91).

Costa Rica
en las exposiciones colombinas

De las repúblicas de Centro América, tengo la convicción de que será Costa Rica la que mejor representada se halle, en las próximas exposiciones colombinas. Por lo menos en la parte de antigüedades indígenas, pocas habrá que la aventajen entre las naciones expositoras hispanoamericanas. El Gobierno ha atendido debidamente las indicaciones y solicitudes del infatigable Ministro de España señor de Arellano, y desde hace muchos días se ha empezado en el Museo Nacional un trabajo de escogimiento, entre los objetos antiguos de cerámica, alfarería, etcétera, para proceder al empaque y envío de lo que se encuentre digno de figurar en las exposiciones española y de Chicago.

El señor de Arellano personalmente tra-

baja en esas plausibles tareas, con entusiasmo digno de toda loa.

He tenido ocasión de visitar el Museo, que, si pequeño relativamente, es muy valioso.

No han llamado mi atención las vidrieras donde lucen exóticamente los ricos platos, utensilios y pinturas persas, estatuetas egipcias, los budhas chinos, las máscaras japonesas, las armas de Zululandia, los ornamentos del sacerdote anamita; los finos sables y láminas asiáticas. Lo que más me ha atraído es esa idea del arte, ese sentido estético, que se nota en todas las obras, en todos los utensilios de los primitivos habitantes de nuestros países. Adviértese que los indios que amasaban el barro y labraban las piedras de la tierra maternal, poseían sobre todo, dos cosas: el sentimiento de la armonía ornamental como los artistas de la antigua Grecia y el sentimiento de la caricatura, y de lo monstruoso y deforme como los artistas del Japón. Hay vasos indígenas, que compiten por su ligereza y dibujo, con cráteras y carquesios griegos que adornan las mejores colecciones europeas; y ciertas pequeñas «ollas» que tienen sobre sus trípodes, la esbeltez de algunos vasos etruscos.

Poco entraba para la ornamentación la copia de las flores, hojas, elementos vegetales. Sus modelos estaban en la fauna propia. Labraban una «piedra de moler» copiando un armadillo, por ejemplo; y el asa de un jarro es un lagarto. Cuando modelaban las cabezas de los tigres, les daban cierta expresión fiera y amenazadora, como la de las quimeras y dragones chinos. En el museo Troyo y en la colección Matarrita, que hoy forman parte del Museo Nacional, se encuentran ejemplares preciosísimos, que, no hay duda, llamarán la atención de la ciencia europea.

Hay, entre otros, las figuras que en sus rostros tienen los rasgos del tipo del hombre chino, y el sombrero cónico usado en el celeste imperio. Las cuales figuras harán que se afirmen en sus creencias los sabios que no ha mucho tiempo daban como seguro la prehistórica comunicación del continente asiático con el continente americano. Tanto más, cuanto que hay otras figuras en gran manera curiosas, entre las que expondrá Costa Rica, que tienen una admirable analogía con ejemplares del arte epipcio y del arte caldeo, en el tipo rapado y el tipo cabelludo. No ha muchos meses—en julio de

este año—tratóse por el sabio M. Heuzy, en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París, la cuestión del tipo rapado y del tipo cabelludo en el arte caldeo, con motivo de cierta cabeza de estatueta, perteneciente a la colección de antigüedades de M. de Clercq. Es un ejemplar lleno de vigor y de gracia, digno de ser puesto en parangón con buenas obras de la Grecia arcaica; pero que sobre todo, llama la atención de los sabios por el refinamiento y lujo en el arreglo de la cabellera y de la barba; siendo así que en el arte caldeo conocido predomina el tipo rapado. Heuzy demostró que en Caldea se había usado tanto el completo rapamiento como el cultivo y adorno capilares. Que el tipo cabelludo, por lo general, es la representación de dioses o héroes; pero también de ciertos personajes de sangre real, príncipes; y de algunas figuras que tienen algo de militar o de pastoral. Que el tipo rasurado era hieráticamente sacerdotal, y por eso practicaban el rapamiento los reyes sacerdotes, los *patesi*.

Ahora bien, ¿qué relaciones hay entre las figuras del Museo de Costa Rica,—sobre todo las de tipo cabelludo; quizá sacerdotales—en un todo semejantes a las del arte

caldeo, asirio, egipcio y estas mismas? Fué la supremacía militar de los asirios la que esparció en Oriente la moda de las pobladas cabelleras. ¿Qué sabio encontrará el eslabón seguro, que una a nuestra primitiva civilización de América, con las viejas y misteriosas civilizaciones orientales?

Los objetos de oro,—águilas y «patenas» —los instrumentos musicales de barro, serán entre otros ejemplares curiosos y de valor, de lo que más llamará la atención en las exposiciones.

Es de felicitar ardientemente a Costa Rica y a su Gobierno, por la parte honrosa que le tocará al país en los brillantes certámenes venideros. De sentirse es que en el resto de Centro América exista hoy sobre todo, la agitación de las pasiones políticas y los cuidados de otra especie, que impiden a los gobernantes servir a la patria, por servirse a sí propios.

Y para concluir, he de referirme a la necesidad que el gobierno de esta bella, trabajadora y adelantada república tiene de dictar las medidas que impidan la exportación de objétos antiguos y la pérdida de ellos.

Muchos particulares, especialmente ex-

tranjeros, han llenado museos enteros con antigüedades centroamericanas, sin que hasta hoy se haya puesto dique a esas corrientes más o menos comerciales que arrastran para lujo y riqueza de tierras distantes, las mejores joyas de nuestros antiguos tesoros arqueólogicos. De Nicaragua sobre todo, se han extraído impunemente objetos prehistóricos y del tiempo anterior a la conquista, por muchas toneladas!

Acaba Francia de dar una disposición que ha aplicado muy bien M. Yves Guyot, para que no se destruyan ni se exporten piedras megalíticas, dólmenes, objetos de la prehistoria, en Francia y Argel. Mucho aplaudiríamos si en lo que se refiere a nuestras antigüedades, el gobierno de Costa Rica imitase para bien y gala de nuestra cultura al gobierno de Francia.

(*La Prensa Libre*, 9-X-91).

PALIMPSESTOS

EL ARBOL DEL REY DAVID

Un día,—apenas había el viento del cielo inflado en el mar infinito las velas de oro del bajel de la aurora—David, anciano, descendió por las gradas de su alcázar, entre leones de mármol, sonriente, augusto, apoyado en el hombro de rosa de la sunamita, la rubia Abisag, que desde hacía dos noches, con su cándida y suprema virginidad, calentaba el lecho real del soberano poeta.

Sadoc, el sacerdote, que se dirigía al templo, se preguntó ¿adónde irá el amado señor?

Adonías, el ambicioso, de lejos, tras una arboleda, frunció el ceño, al ver al rey y a la niña, al frescor del día encaminarse a un campo cercano, donde abundaban los lirios, las azucenas y las rosas.

Natán, profeta, que también les divisó, inclinóse profundamente, y bendijo a Jehová, extendiendo los brazos de un modo sacerdotal.

Reihí, Semei y Banais, hijo de Joiada, se postraron y dijeron: Gloria al ungido; luz y paz al sagrado pastor!

David y Abisag penetraron a un soto, que pudiera ser un jardín, y en donde se oían arrullos de palomas, bajo los boscajes.

Era la victoria de la primavera. La tierra y el cielo se juntaban en una dulce y luminosa unión. Arriba el sol, esplendoroso y triunfal; abajo el despertamiento del mundo, la melodiosa fronda, el perfume, los himnos del bosque, las algaradas jocundas de los pájaros, la diana universal, la gloriosa armonía de la naturaleza.

Abisag tenía la mirada fija en los ojos de su señor. ¿Meditaba quizá en algún salmo, el omnipotente príncipe del arpa? Se detuvieron.

Luego, penetró David al fondo de un boscaje, y retornó con una rama en la diestra.

—Oh, mi sunamita!—exclamó—Plantemos hoy, bajo la mirada del eterno Dios, el árbol del infinito bien, cuya flor es la rosa

mística del amor inmortal, al par que el lirio de la fuerza vencedora y sublime. Nosotros le sembramos; tú, la inmaculada esposa del profeta viejo; yo, el que triunfé de Goliat con mi honda, de Saúl con mi canto y de la muerte con tu juventud.

Abisag le escuchaba como en un sueño, como en un éxtasis amorosamente místico; y el resplandor del día naciente confundía el oro de la cabellera de la virgen con la plata copiosa y luenga de la barba blanca.

Plantaron aquella rama, que llegó a ser un árbol frondoso y centenario.

TIEMPOS después, en días del rey Herodes, el carpintero José, hijo de Jacob, hijo de Natán, hijo de Eleagar, hijo de Eliud, hijo de Atim, yendo un día al campo, cortó del árbol del santo rey lírico, la vara que floreció en el templo, cuando los desposorios con María, la estrella, la perla de Dios, la madre de Jesús, el Cristo.

(*La Prensa Libre*, 15-X-91).

NOTA.—En *La Prensa Libre* del 17 de octubre de 1891, publicó Darío *La tragedia del toro*, que no se reproduce por ser muy conocida con el nombre de *La gesta del coso*.

Páginas de Arte

Detaille y Neuville

Detaille y Neuville están a la cabeza de los pintores militares. En sus talleres volaba el espíritu del arte guerrero inspirándoles, guiando el pincel creador. Los pabellones, las marchas marciales, el choque de las luchas, la humareda, la vida, la muerte, la victoria y sus dianas, la derrota y sus sombríos aspectos, todo eso entra en la obra de esos bravos y poderosos artistas.

De Detaille se puede decir que cada uno de sus cuadros es un canto guerrero. Ese Tirteo, ese Simónides del pincel produjo un gran poema pictórico en su soberbio álbum de «El Ejército francés desde 1789.» Detaille es el primer General después del «Bonaparte de la pintura», el gran Meissonier.

Me explico que el «petit soldat», el soldadito, como el pueblo francés llama a su sol-

dado, tenga especial predilección por este pintor, tan a menudo inspirado por la sagrada musa de la Patria.

Él no pinta sólo las pompas del Estado Mayor, no hace resaltar exclusivamente, como en las telas de ciertos pintores de antaño la figura del Jefe, el esplendor militar de los militares de alta graduación. El pobre quinto, el buen voluntario, el popular Juan Soldado, se mira en las telas de Detaille, animado, vivo, tal como es, con todos los detalles de su equipo y todas las expresiones de su rostro, tostado a sol y fogonazo, o iluminado por una ráfaga de luz y de valor.

Desde sus principios, Detaille dió a conocer el rumbo que en el porvenir seguiría.

Su estreno fué en 1868, con un cuadro que conozco reproducido por un pintor chileno: *La Halte*. Son los joviales tambores de línea en grupo pintoresco. El azul—color que después ha usado con magníficos efectos,—resalta en los capotes. Después han venido, con gran triunfo siempre, los posteriores cuadros. ¿Quién de mis lectores no ha visto alguna vez, reproducida por la litografía o el fotograbado, alguna de estas obras maestras: *El saludo a los heridos*, *El*

regimiento que pasa, *La carga del 6º Regimiento de Coraceros en Reischoffen?*

Neuville sigue a Detaille y quizá le acompaña hombro con hombro, con sus escenas de campamento, sus admirables caballerías, sus luchadores heroicos. Cuando los dos talentos se han juntado, ha nacido de la soberbia colaboración, una obra como el famoso panorama de la batalla de Rezonville. Y ambos han tenido ese especial afecto al zuavo, al cazador, al *piou-piou;* al patriótico y querido soldadito francés. Ellos tienen su mina de asuntos, sus motivos magníficos y conmovedores en la historia de los épicos desastres y de los días triunfales del formidable ejército de Francia.

El sueño del soldado. En una vasta llanura se ha vivacqueado. Los fusiles en pabellón, las espadas clavadas en tierra, a la cabeza de los oficiales; «el perro del regimiento,» junto a dos soldados—quizá dos hermanos! Es la hora fresca y quieta de la madrugada. Todos duermen, menos los centinelas. Abrigados en sus capotes, apoyados en el morral que sirve de almohada, con los kepis en la cabeza, en tanto que llega el instante de la diana despertadora, sueñan. En qué? Para el soldado, sobre la imagen

del grupo familiar, sobre la imagen de la amada y del soto donde la besa, sobre el recuerdo de su pueblo y de su hogar, se alza en su ensueño el enorme espejismo, la espléndida fata morgana, la perspectiva visionaria y radiante del triunfo de su bandera. Arriba en lo oscuro del cielo, sobre el comienzo del alba, ha esbozado Detaille vagamente, esa visión: los pabellones al viento, la carga, los sables levantados, la relampagueante confusión de las bayonetas, la ascención victoriosa de la anhelada y resplandeciente gloria. Pronto llegará el día. Sonarán los clarines y los tambores; se irá adelante. ¿Cuántos de los que sueñan al nacer el sol, en la próxima noche quedarán tendidos en el campo de batalla?

El último cartucho de Neuville, es un episodio de la última guerra entre los galos y los bárbaros, en la cual la madre Francia enlutó sus estandartes... y perdió dos hijas. Neuville como Regnault, conoció de cerca los horrores de las campañas. La precisión de detalles en este cuadro, es admirable de exactitud.

En él hay ocho figuras principales; al fondo se esbozan algunas más, muy vagamente. La humareda penetra en el interior

de la habitación, donde los aguerridos soldados se defienden hasta el instante en que se dispara el último cartucho. El oficial que hace fuego está de espaldas. Hay un viejo cerca de él con la cabeza descubierta y el fusil en las manos; en primer término hay otros dos, uno de ellos con la frente vendada, que hacen una rebusca de parque; en el centro, un oficial herido en un muslo se apoya en un armario y mira hacia fuera, con ansiedad terrible; en el suelo, con la mitad del cuerpo algo escorzada hay otro herido más que se tiene con la mano el brazo roto; su aspecto es triste; apoyado en el marco de la puerta de entrada, hay otro que demuestra abatimiento y cansancio; y en un extremo, cerca de un fusil destrozado, está, con las manos en los bolsillos y en el rostro un gesto de ira y de despecho, un desarmado combatiente, que aguarda su destino.

El colchón que está sobre una caja, los vidrios rotos, los uniformes desgarrados, los papeles en el suelo, hasta el ambiente del cuadro que parece impregnado de pólvora y humo, están tratados con pasmosa verdad.

Ciertos cuadros de Neuville son herma-

nos, a mi modo de ver, de los cuentos patrióticos de Alfonso Daudet y de los llameantes y ardorosos versos de Derculede: los cuadros, los cuentos y los versos, encienden, mantienen y avivan en el corazón de los patriotas, el amor a su bello y glorioso país de Francia!

(*La Prensa Libre*, 18-X-91).

LA CANCIÓN DE LA LUNA DE MIEL

SEÑORA, la miel de esa luna, la elaboran las abejas del jardín azul que liban entre los pétalos luminosos de las estrellas. Ellas van, en enjambres irisados, de los florecimientos de Aldebarán, a las margaritas de la Osa, al clavel trémulo y cambiante de Sirio. Pero las más ligeras, las más amables, las más bellas y paradisíacas, van a posarse en el cáliz atrayente, sagrado y misterioso, de la rosa de oro de Venus!

SEÑORA, el pintor Spiridón ha pintado el venturoso país de la felicidad: un lago manso, una barca, Ella, El y el Amor como remero. ¡Buena brisa, buen tiempo, señora!

Hay un lirio divino y delicado, que tiene toda la orgullosa candidez de los azahares del desposorio, las palideces del cirio que alumbra el altar, la transparencia del velo de la novia, los perfumes y el supremo encanto de los ensueños de la desposada. Ese lirio es la ilusión. Mil veces feliz la que puede llegar al fin de la vida, llevando consigo la celeste flor intacta y fresca. Es tan áspero a veces el viento! Cae tanta escarcha! Y así es como de pronto, las pobres almas desoladas, alzan la mirada al gran Dios,—cuando ven el sacro lirio ideal, marchito, muerto—¡Oh, que el poderoso, invencible amor os guíe: buena brisa, buen tiempo, señora!

ADORADOS ensueños nupciales, que hacéis desfallecer a las prometidas virginales y pensativas;

Lises castos que sois hechos del sutil polvo de nieve de la más alta cumbre de la montaña sagrada;

Palomas que anidáis bajo el verdor de los mirtos;

Serena estrella del amor! ¿No es verdad que pasa un soplo de la divinidad, regocijando el alma del mundo, cuando en una

noche callada, en el bosque solemne, canta el ruiseñor, con su voz de cristal, las estrofas melodiosamente adorables, de la canción de la luna de miel?

(*La Prensa Libre*, 20-X-91).

ZAMBRANA

BIENVENIDO sea el maestro; bienvenido sea el que lleva por donde va la armonía de la palabra, el que hace que triunfen las ideas grandes y nobles, el que levanta el espíritu de la juventud, el que educa y deleita, el que es fuerte y blando, ya el león, ya el panal de la Biblia.

Hemos saludado a Zambrana como a un padre intelectual, como al antiguo jefe de las almas jóvenes, como al hombre que levanta los corazones, arrostra las brillantes campañas y domina las multitudes.

Esto no es un ditirambo de ocasión.

A Zambrana le conocemos desde hace largo tiempo. Conocemos su historia, sus triunfos, sus bravas obras, sus discursos fascinadores, y sus juicios, y sus altiveces, y sus nervios. Hemos gozado altamente cuando en su país de Cuba se le ha recibido

de manera triunfal. Nos hemos sentido orgullosos de ser sus discípulos y amigos, cuando por todas partes hemos visto que su nombre tiene un nimbo y su palabra una estela de gloria.

En Chile, los miembros de la aristocracia intelectual—y entre ellos huélgame nombrar al ilustre Lastarria—cuando le conocí—no pueden olvidar al orador cubano que les habló en su gran teatro, de modo tal, que en aquella noche memorable quedó consagrado príncipe entre los príncipes de la oratoria americana, para aquel público poco afecto a los ardientes tropicales entusiasmos.

Bienvenido sea el maestro, a esta tierra donde se le quiere y admira.

Ojalá su influjo pudiese obrar en favor de las inteligencias nacionales, sobre todo, en lo relativo al movimiento literario. Hombres como él hacen falta; hombres que no bajan la cabeza coronada por la gloria, a las pequeñeces apasionadas y a las hostilidades incomprensibles; hombres que entienden el arte verdadero y que por eso están bien altos; hombres que pueden ser los directores de la generación que se levanta, y que con justo orgullo, pueden oir de los labios de

todos nosotros, soldados entusiastas, las palabras que a un gran poeta escribió un ilustre hombre de letras:

¡Pabellón! El regimiento te presenta las armas.

(*La Prensa Libre*, 25-X-91).

CEREBRO Y CARNE

ZOLA ha procurado en su país de Francia hacer un pacto de alianza entre la gimnasia y la literatura. Nada más útil que establecer la propaganda del amor a la fuerza, sobre todo entre los hombres que viven del trabajo de su cerebro, a costa de su carne, en una debilitante y fatal existencia sedentaria

Oponer el ejercicio corporal a los ataques de la neurosis; favorecer a la sangre que se siente empobrecida en las venas anémicas; hacer que haya perfecta armonía entre la producción de las ideas y el ensanche de los músculos; eso es todo: convertirnos en decididos partidarios de nuestro cuerpo: viva el príncipe bíceps.

Nuestras sociedades están bastante minadas por la enfermedades nerviosas, por la tisis y por la anemia.

Todos los médicos reconocen que en sus

clínicas, son aquellos los enemigos. Triste es ver tanta pálida niña, sin una sola nota rosada en su jardín, porque la malhadada clorosis la ha dejado sin rosas. Pues bien, todos esos enervamientos, todas esas languideces, todos esos males, pueden ser combatidos, derrotados, destruidos, por medio de la gimnasia. Esta es una amiga sincera, simpática, sana y fresca, como la *écuyer* ágil y viva, que se atrae todas las miradas del circo por su hermoso cuerpo, firme y rosado bajo la malla.

NUESTRAS niñas salen del colegio donde los ejercicios kalisténicos les han servido de grande ayuda para el desarrollo corporal y la conservación de la salud. Pero qué sucede después? La señorita pierde lo que ha ganado; no vuelve a acordarse de sus músculos; cuando más, sus brazos y sus dedos tendrán movimiento en el piano; el baile, una que otra vez, hará que se agiten las piernas; pero nada más: la salud se irá perdiendo poco a poco, el color de rosa del rostro será sustituido por la palidez, los fenómenos morbosos se anunciarán, y habrá que ver al doctor.

Si cada *demoiselle* tuviese en su tocador,

al lado del espejo, algún aparato gimnástico —los hay a propósito, de goma—y diariamente le dedicase alguna atención, vería desaparecer todas las pequeñas dolencias que aquejan frecuentemente, y que son precursoras de futuras y serias enfermedades.

Casi puede decirse que la gimnasia viene a ser como un complemento de la hidroterapia. Levantarse temprano,—no es preciso madrugar; poco después de la aurora;—buscar en seguida el baño, y luego tener un buen cuarto de hora de esos ejercicios que vigorizan, es más que suficiente. El aire de la mañana da al cuerpo cierta impresión que causa agilidad y soltura de movimientos, sin contar con que los pulmones que han estado durante toda la noche trabajando con la atmósfera de la alcoba, sienten en el ambiente que respiran, como si la tierra despierta, siempre con el hombre dadivosa y maternal, les insuflara su aliento vasto y robustecedor. Las muchachas gallardas y fuertes son la flor de las buenas madres cuando llegan a ser fecundas. Llevan al hogar la alegría y la salud, en sus caderas anchas, en su carnación maciza y bien coloreada, y en el pecho ubérrimo y duro como el marfil. Son por tanto, excelentes nodrizas. Todas

las manifestaciones de un mal sistema nervioso tienen cerrado el paso. Hay una guerra declarada a los histerismos, ataques y patatuses. La mujer, como la buena fruta, está así toda llena de su jugo propio, siempre cuidada por la mano de la eterna y sabia naturaleza. Su sangre pura y roja, corre como un río de vida bajo la tersa piel: *Femina sana*, hembra triunfante. De ahí el niño que se alimentará con la buena leche, y será, libre de mala herencia directa, rorro sano, pimpollo intacto.

POR QUÉ en nuestra alta sociedad no se emprende una campaña en favor de los ejercicios corporales? Nuestros jóvenes de la *jeunesse dorée* podrían dar el primer impulso. ¿Qué clase de sport es aquí preferido? Apenas se caza. Para los brazos, uno que otro billar. Consecuencia: mucho mozo flacucho, mucho caballerito sin fuerza, que suda al alzar un florete... si lo alza. Los empleados de comercio que se mantienen, o con sus libros de números, o junto al mostrador; los empleados públicos que se exprimen los pulmones en sus oficinas, siempre la pluma en la mano o el cerebro ocupado; los abogados y todos los que tienen

que estar cuotidianamente amarrados a un escritorio; los pocos que bregan día a día en las labores de un periódico, de las que sólo puede hablar quien ha experimentado sus agitaciones y asperezas, ¿por qué no hacemos algo por nuestra vida, que se nos va tan rápidamente como la tinta de nuestro tintero? Un simple aparato del doctor Dow, puede convertirse en el mejor amigo.

Busquemos el mejoramiento de la enervada y floja raza. Seamos amantes de la belleza plástica, y quememos nuestra mirra y nuestro incienso en el altar de la hermosa y potente hija de Ares.

(*La Prensa Libre*, 4-XI-91).

Cabezas de estudio

Al pintor Gustavo de Laugenberg, ciudadano de Düsseldorf.

Una de mis afecciones artísticas, mi querido amigo, ha sido por ciertas amables y solitarias figuras que tienen una atrayente y misteriosa influencia para los espíritus contemplativos. Yo no conozco el Louvre, y por lo tanto no he podido sentir de cerca el incomprensible imán de la vaga sonrisa de la Gioconda, la maravillosa cabeza de la Monna Lissa, la esfinge divinamente humana de Leonardo; pero en copias de artistas que han luchado por reproducir la expresión de esa avasalladora beldad, he sentido su inmenso poder, su adorable y misteriosa magia. Yo, enamorado del sol y del color, me embriago con la luz de los pintores del Mediodía, me deleito con la paleta riquísima y triunfadora de los pinto-

res de España; pero admiro la pintura inglesa, y entre el enorme conjunto de sus obras clásicas y célebres, tengo especial afecto por una, que como la admirada maga de Vinci, es seductora en su expresión, y se aisla en su misterio de gracia y de amor: es la Nelly O'Brien, de sir Joshua Reynolds. Y sabe usted cuál es el encanto supremo de esas creaciones que son por decirlo así, la representación del ensueño de la realidad? La sonrisa. Esa contracción enigmática, ese oscuro suave de la sombra casi invisible, ese rosa fugitivo de la curva de los labios, es el soberano hechizo.

Recuerdo que una vez, un amigo mío, artista y soñador, estuvo enamorado... de una Bianca Capello de terra-cota, únicamente por su sonrisa!

Ahora bien, en la cabeza de estudio que usted me muestra, y acaba de poner en el lienzo, encuentro un atractivo principal y ese está en los labios. Su alemana—que usted ha tratado dándole los vivos bermellones de una juventud harto fresca—no es la buena y cándida gretchen, que sonríe de una manera dulce y angelical. Esta dama joven, con su labio carnudo, hecho para el beso, sus cabellos sueltos y sus pequeños

ojos—amén del desarrollo pectoral—es la amiga del estudiante, la favorita de la canción, que antes de subir la débil escala del ensueño, pasa, franca y riente, a la alcoba y al lecho.

En cuanto a esta otra figura que usted me presenta, es un tipo absolutamente meridional. Esta muchacha que adorna su cabellera, sus orejas y su cuello con zequines de oro, que tiene ojos llenos de fuego, boca roja y sensual y un opulento seno apretado con la turca chaquetilla, es una española del harem. El tema ha sido bastante explotado. Lo cual no quita que yo no envidie a los pintores que retratan y decoran tan admirables mujeres;—y a los sultanes que las gozan.

(*La República*, 12-XI-91).

FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS

DIPLOMÁTICOS

JULIO DE ARELLANO [1]

Si puede haber alguna exageración loable es la que se advierte inmediatamente en el señor Ministro de España: su amor a América.

Este trabajador incansable y fogoso, ve en los países americanos los mirajes de los versos y de los discursos tropicales soñadores.

Yo, por desgracia, no veo lo mismo, y advierto el lente de un entusiasmo generoso, en los ojos americanistas de mi ilustre amigo el señor de Arellano.

Somos malos; nuestra política es un semillero de traidores o de ineptos, con excepciones escasísimas; nuestra sociedad es

(1) Véase la pág. 99 de la *Autografía* (Ed. Maucci).

una copia servil de la europea...; nuestra vida intelectual es muy floreciente, porque gracias a Dios andamos a gatas. Somos malos, tenemos el ímpetu de nuestros abuelos indios, su fuego y su potencia terrígena; y de nuestros padres españoles todos los fanatismos y pasiones.

Pero el señor de Arellano es el heraldo de la madre buena, de la madre España; y así no ve nuestros defectos, y sí nuestras pocas dotes y virtudes; y quiere que nuestras almas estén encendidas de afecto por el país maternal de donde nos vino la noción del gran Dios cristiano y la más armoniosa lengua del mundo.

Arellano posee una cultura nobiliaria; un carácter amable; una ilustración que tiene los quilates del oro fino; un corazón sincero y valiente.

Con razón Castelar le estima tanto. Y con el grande hombre, todos los que le conocemos.

(*La República*, 15-XI-91).

La mercurial de Montalvo

De todos los libros de don Juan Montalvo, la *Mercurial Eclesiástica* es la que representa de manera más visible, aquella rara personalidad de escritor. Puso allí el autor toda su fuerza y toda su gracia. Asombra ver cómo este poderoso príncipe del estilo hace galopar su caballería soberbia por la árida llanura de la pastoral de un señor arzobispo. Al pasar el fogoso tropel se siente temblar la tierra; no queda, después del paso triunfal, ni yerbezuela, ni pobre florecilla mística, ni zarzas, ni cambroneras: Montalvo lo ha destruido todo. Brilla en la *Mercurial* el fraseo de los *Siete Tratados*, aquel ejército de cláusulas caparazonadas con los más finos metales del idioma; unas ceñidas de las viejas armaduras clásicas, otras vivas y candentes, todas admirables; y asimismo silba partiendo el aire el azote formidable de *Las Catilina-*

rias. Pues el brazo del inmortal escritor americano, ya blandía la espada del arcángel, ya su formidable zurriago, desgarrador como un knut o «un gato de nueve colas».

«Ten cuidado, Rey de Prusia, con los poetas—decía Heine—no sea que te metan en el infierno!» Así hacen esos seres terribles, los poetas en prosa y en verso; con crueldad e implacabilidad verdaderamente olímpicas, arrojan en su infierno a todos aquellos que merecen el horroroso castigo de la vergüenza o del espanto eterno. Cuando truena Dante, corona desciende, triple corona, tiara, desciende al abismo. Montalvo hizo descender una mitra y un báculo.

El ilustrísimo señor Ordóñez no sabía cuán enorme es la boca del león! Cuando este pensativo rey se ve atacado, ruge y muestra los dientes. Hugo dice:

Je leur montre les dents quand ils viennent trop prés.

Y cuando da el zarpazo es muerte segura. Don Juan el Grande daba siempre el zarpazo. Rugió un día y su rugido resucitó a Aristogitón y a Harmodio, cayó García Moreno; rugió otra vez y cayó Veintemilla. El señor de Ordóñez provocó la cólera del Cos-

mopolita, quedó en su silla episcopal, pero cayó al infierno, a aquel infierno que Heine señaló al cuidado del rey de Prusia.

Indudablemente en la *Mercurial* se desborda todo un torrente de pasión. Es preciso imaginarse al ilustre desterrado en su vida de Europa, solitario en medio del inmenso París, pensando en su patria, tiranizada, doloroso, nostálgico; pero consolado, alentado, iluminado por la gloria, por el aplauso universal, cuando el aparecimiento de sus *Siete Tratados*. En ese momento, cuando lo más elevado de la Europa intelectual recibe con elogios y palabras animadoras su obra, y América se enorgullece de verse representada en un escritor de tan alta figura, allá en Quito, en la capital de su patria, el arzobispo fulmina en contra de don Juan Montalvo una pastoral explosiva, erizada de censuras, cubierta de rayos archiepiscopales. Don Juan está personificado en sus obras. En ellas vaciaba su espíritu resplandeciente. Tenía asimismo el don creador, el fiat huguesco: Hago, Hugo. Lo propio que aquel soberano egotismo del emperador de los poetas: Ego, Hugo.

Hizo, pues, y entonces debió de arrepentirse el arzobispo Ordóñez. Poseído Mon-

talvo del irritado *deus*, desgarró, rajó, despedazó, pulverizó la pastoral que condenara su libro y su personalidad. Lo que dió por consecuencia que se agregase una nueva obra maestra al catálogo de las letras hispano-americanas.

No puede señalársele *pendat* en la literatura conocida, a una obra como la *Mercurial*, compuesta de distintos elementos, variada en su unidad, fuerte y ligera, espada de dos filos que ofende y defiende. Don Juan con agilidad felina, salta de una roca escueta a un árbol en flor; es lírico y pedestre; le veréis descender hasta la mueca grosera, y allí hace resplandecer lo trágico. Ese gigante siempre está libre y vencedor. Abre campo a su dialéctica con sus dos robustos brazos, capaces de descuajar el más centenario de los robles. El Milón de Puget está cogido en la hendidura del tronco; la fiera le clava por detrás garras y dientes. Para este Milón no hay trampa. Si la real fiera fuese osada a atacarle, él la desquijadaría; y de la alimaña muerta sacaría un panal y un enigma, como el Sansón del libro de *Los Jueces*.

Corta a pedazos la pastoral, y procede, en implacable análisis siempre con incontenible

y suprema indignación. Antepone al juicio del arzobispo, príncipe de la iglesia, sacerdote de una religión, el elogio y la opinión lisonjera de hombres gloriosos y sabios; y entonces se desata su palabra fulminante en luminosa iracundia. Es erudito. Teólogo, se apoya en los teólogos. Filósofo, llama en su auxilio a los filósofos. Poeta, siempre está con él la resplandeciente falange de los poetas. Sus largos y límpidos períodos son semejantes a blancos y firmes escalones de mármol, por donde se sube a un santuario. Arriba resplandece siempre la verdad. La belleza florestal de su lenguaje tiene la savia de América. Su huracán es de la pampa; su tempestad es del trópico. Cuando quiere ser fresco y blandílocuo, parece que le trajeran suavidad natural y dulces alientos los pájaros de las islas.

Montalvo, que pintó la figura apacible y santa del cura de Santa Engracia, no es clerófobo por complexión, ni irreligioso sectario. Ataca y aplasta al cura malo, al fray gordo y tocinudo por la gula, al hermano lujurioso. Pero hay que verle como se quita el sombrero y hace una respetuosa reverencia cuando pasa frente al cardenal Guibert, o al arzobispo Arbeláez. A quien de-

testa y tunde es al mitrado que le condena con injusticia y le pone el celemín sobre su lámpara.

Extraños tonos se oyen a veces en la *Mercurial*. Ya parece que se escucha una arenga, ya un salmo, ya un sermón. Don Juan posee el don conmovedor y profundo de los buenos oradores sagrados. ¡Qué sermón aquel del fingido padre Juna! En esos casos va el lenguaje rotundo, lleno de unción, como un son de órgano.

Y la risa de Montalvo? Para encontrar algo semejante a su risa, áspera a plena garganta, es preciso ascender hasta Rabelais, ese monstruoso descendiente de Aristófanes. En las *Catilinarias* y la *Mercurial*, truena esa sonrisa destructora y formidable para la ridícula clerigalla enemiga, para todos los blancos de la certera flecha del arquero. A lo lejos, entre una vaga niebla, vemos al alegre y terrible estrépito, como esfumarse en la sombra los perfiles de Frére Jean y de Panurgo.

Aquí en la *Mercurial* encontraréis entre un párrafo filosófico, o un comentario histórico, una caricatura enecdótica, o un mote chabacano y vulgar. En las *Catilinarias* llama al General Veintemilla «cara de ca-

ballo». Aquí le dice al señor arzobispo «cabo Ordóñez» y «negro Ordóñez», con visible falta de atención. «Qué se hace! exclama Víctor Hugo en su *William Shakespeare!* Estamos entre salvajes!» Esta es la palabra. Don Juan tenía su mucho de salvaje!

Ama al pobre, al indio, al negro. El fuerte cazador, invencible sagitario llora y gime con el débil; ora y medita, busca al gran Dios y ante él «se tira de rodillas». En la *Mercurial* desbarata y ruge.

Bien rugido, león!

(*La Revista de Costa Rica*, IX-91).

PRO DOMO MEA [1]

TÁCHASE de ignorante, de indocto; viene con los ojos bajos de la modestia—virtud relativa,—motéjase de atrevido; me ataca sin mirarme de frente, sin llamarme por mi nombre, el cual está al pie del corto estudio que sobre la *Mercurial* de don Juan Montalvo escribí para el primer número de la *Revista de Costa Rica*; ve él en mi obra, piedra de escándalo...

Quién? No sé. No ha puesto su firma. Pero sea quien fuere el escritor de *La Unión Católica*, es lo cierto que su artículo merece mi respuesta. He allí la razón de estas líneas.

ANTE todo, parece que el paladín episcopal se maravilla de mi retórica, empleando una suave ironía que me deja,

---

(1) *La Unión Católica* del 22-XI-91, respondió a *La Mercurial de Montalvo* con un agresivo artículo, titulado *Salvajez*. Darío se defendió gallardamente en *Pro domo mea*. El anonimista católico replicó nuevamente con el artículo titulado *Bonum est nos hic esse*. (*La Unión Católica*, 3-XII-91).

francamente, estupefacto. Porque comparo la pastoral de un obispo con una llanura y las cláusulas fogosas del más grande de los ecuatorianos a una soberbia caballería, mis comparaciones producen un efecto inesperado en el buen humor del colaborador católico. Yo no me defiendo ni discuto — mucho menos en un caso como este—mi procedimiento literario, ésta o aquella manera de manifestar mis ideas. Antes de entrar en esas cuestiones de arte, prefiero recordar al que discute en el periódico religioso, que hay dos cosas que están sobre libre pensadores y católicos: el sentido común y la verdad. *Hoec est victoria quo vincit mundum, fides nostra.* Sí; pero antes, la verdad—Jesús dice: yo soy la verdad—Montalvo, al defenderse del ataque del señor Ordóñez, se acoje al templo divino de la diosa vencedora y desnuda como la luz.

LA tiara, la mitra y el báculo no descienden al Infierno de los poetas, aunque éstos lo deseen de todo corazón y se empeñen en proclamar que su infierno es terrible y que en él se aplica el horroroso castigo de la vergüenza y del espanto eterno».

Oh señor! supongo—porque, por mucho

que lo digáis no sois un indocto—supongo que sabéis quien fué Dante Alighieri. Es el hombre pálido que creó un infierno más terrible que el de todas las teogonías y revelaciones. Era un teólogo poeta, que del tridente del demonio formaba un terceto de hierro candente; que tenía la visión de Dios; que por lo ideal y sublime del amor humano, llegaba a la inefable contemplación del santo amor divino; que aborrecía a los güelfos, a las almas bajas, a los siniestros hijos de la noche; y amaba a Beatriz, un ángel blanco y dulce, la mujer del ensueño, que condujo al poeta gibelino a las puertas luminosas del Paraíso. Pues ese hombre, ese poeta, arrojó en su infierno como en eterna cárcel visionaria, a un pontífice romano, a un Papa, condenado por la implacable justicia del infinito. Bueno es recordar lo que dice el sombrío viajero en los círculos tenebrosos. Va con Virgilio, su maestro pagano. No os asustéis:

«Vi, en los lados y en el fondo de la piedra lívida, llena de pozuelos, todos redondos y de igual tamaño, los cuales me parecieron exactamente como los que hay en mi hermoso San Juan; y que sirven de pilas bautismales. (Uno de ellos rompí yo no hace

muchos años, por salvar un niño que dentro se ahogaba; y baste lo que digo para desengañar a todos.) Fuera de la boca de uno de aquellos pozuelos, salían los pies y las piernas de un pecador, hasta el muslo, quedando dentro el resto del cuerpo. Ambos pies estaban encendidos, por cuya razón se agitaban tan fuertemente sus coyunturas, que hubieran roto sogas y cuerdas. Así como la llama suele recorrer la superficie de los objetos untados de grasa, así el fuego llameaba desde el talón a la punta de los pies de los condenados:—¿Quién es aquel, maestro, que furioso agita sus pies más que sus otros compañeros, dije entonces, y a quien corroe y deseca una llama mucho más roja? A lo cual me contestó:—Si quieres que te conduzca por aquella parte del escarpe que está más cercana al fondo, él mismo te dirá quién es y cuáles son sus crímenes. Le respondí:—Me parece bien todo lo que a ti te agrada: tú eres el dueño y sabes que yo no me separo de tu voluntad».

LLEGARON. El que más tormentos sufría era el Papa simoniaco, el Papa Orsini. El Padre Santo Nicolás III gritaba:—¡Bonifacio! ¡Bonifacio! Y era este Bonifa-

cio VIII también coronado por los tres cercos augustos y sacrocesáreos de la tiara pontificia.

Advierto a quien contesto que no soy irreligioso, clerófobo, o persona embebida en lecturas impías de histo ias anticatólicas. Detesto el libre pensamiento cursi, las modas de descreimientos; y no traeré en mi apoyo a ninguno de los enciclopedistas del anticatolicismo, por ejemplo a Lachatre. Mas ¿habrá más tremendo infierno que aquel en que se retuerce, en la universal Historia, el papa Borgia y la ardiente Lucrecia,—ya sean esculpidos por la frase lapidaria de Saint Victor, ya pintados por la pluma de Gregorovius? *Inferi* de los poetas! En él está el castigo de la vergüenza y del espanto eterno... Los papas confiesan que de esos suplicios no pueden ellos librar a nadie. Cuando esotro poeta, Miguel Angel, pone en sus llamas inmortales al cardenal aquel de las orejas de burro y el cardenal se queja delante de la Santidad, ésta le contesta sonriendo, que hasta allí no llega su potestad semidivina. Sobre que un ilustre o ilustrísimo no descienda al infierno de los poetas, mi impugnador tiene ya a la vista una tiara castigada. En cuanto a la palabra

ilustre, propio es que sepa que si se aplica a sujetos eminentes en sentido moral e intelectual, también tiene otras aplicaciones. Cervantes, nada menos escribió su *Ilustre fregona*. Y otro risueño, el monje Rabelais, escribe: Beveurs tres ilustres, et vous, Veroles tres precieux...

Por lo demás, al que delinque ilustremente, ilustremente se le condena. Ni más ni menos, como lo hace el alcalde de Zalamea.

El zarpazo de Montalvo al señor Ordóñez, nada tiene de león, ni de cosa parecida; ni sus rugidos pudieron ocasionar nada contra García Moreno, cuyo clamor de moribundo y de mártir, sí ha sido poderoso para amedrentar y sumergir en infierno de oprobio y vergüenza a esas figuras de leones que amenazan dar zarpazos y crear infiernos para las tiaras, los báculos y las mitras.»

Error.

Sólo diré, que el autor de esas líneas confiesa no conocer ni la pastoral del arzobispo, ni la *Mercurial* del polemista. La opinión sin el conocimiento, es floja y sin valor; tanto más cuanto que me complazco en re-

petirlo, el autor de esas líneas protestantes, no es indocto, ni de corta fuerza intelectual. Respecto a García Moreno... tiene su puesto señalado en la Historia del mundo. Para mí, ni el ogro de sus enemigos incondicionales, ni el San Gabriel de sus correligionarios. Vivaz, inteligente, poeta, valeroso, esclavo de Roma, rudo a veces, tierno en otras,—como en la que derramó lágrimas cuando Pío IX le envió su retrato—García Moreno es un mártir de la Iglesia, y un reo que ajustició la libertad.

Si Montalvo influyó en la caída del tirano, dígalo Andrade, díganlo los Armodios ecuatorianos, dígalo don Juan, que dice: Mi pluma lo mató!

No es con palabras huecas ni con retóricas retumbantes como pueden ser desgarradas, rajadas, despedazadas, y pulverizadas, las pastorales de los arzobispos, por más que la forma del lenguaje con que se pretende desgarrar, rajar, pulverizar, merezca alabanzas, aplausos y panegíricos de las letras hispano-americanas».

Las pastorales de los obispos ¡qué digo! las encíclicas de los padres santos, cuando están escritas con talento, con doctrina, con

verdad, no se despedazan ni se rajan con nada. No he subido a las alturas de la teología, pero creo que cuando los papas escriben y triunfan, el Espíritu Santo es el talento. Los que se han equivocado, los que se han condenado unos a otros, los vencidos, esos no tenían la lengua de fuego que cuando hay alma elevada y comprensión profunda, desciende en el Vaticano o bajo el claro cielo de Avignon. La sabiduría puesta en la cabeza de los vicarios del Cristo por el Santo Espíritu es innata. E iré bajo el hábito del gran San Agustín, para que mi palabra esté defendida: «No digo aquella sabiduría que es coeterna e igual a Dios Padre, por la cual son criadas todas las cosas, y en la cual como en su principio, fué hecho el cielo y la tierra; mas hablo de aquella sabiduría creada y de aquella espiritual naturaleza, la cual es lumbre por la contemplación de vuestra lumbre, y aunque es criada se llama sabiduría».

La mera forma literaria, la alcorza artística nada haría sin la idea, cuando se emprende una campaña como la de Montalvo. Volviendo al símil del león, os diré, señor, que si por fuera está la piel brillante que baña de oro el Sol, dentro se en-

cuentra la sangre, el nervio vigoroso, el tuétano.

La pastoral de un arzobispo tiene que ser en su doctrina, o en sus censuras, conforme a las enseñanzas de la Iglesia Católica, cuya sabiduría asienta en fundamentos tan firmes.

Tiene que ser. Y si no es? ¿Y si el siervo de Dios se irrita, no como el profeta de la Biblia, sino como el apasionado sectario? ¿Y si la pastoral va más allá de donde debe ir, y echa polvo al sol y denuestos al genio, ambos bendecidos por el gran Dios, el único Dios, el vuestro, el mío, el de todos? Sí, son enormes y seculares los fundamentos de la Iglesia Católica. Atráeme con su poder magnífico y vasto, la barca del apóstol, sobre la tempestad, bajo el sol, o en medio de la noche. Yo sé que la piedra que escogió el Salvador a la orilla del mar, creció, creció, creció tan grande como una montaña; que en ella se labraron arcadas y columnas; que se la transformó en morada de la inconmovible y salvadora fe; que las puertas del infierno no prevalecen contra ella; y que la tempestad humana, el curso de los siglos, la fuerza del universo, están más bajos que la

cúpula majestuosa que corona el templo de Pedro el pescador; y yo, pagano, me abismo en la profundidad de tan inmensa victoria! El señor Obispo Ordóñez, no como pastor, sino como combatiente, trató a la oveja como a enemigo; se irritó contra ella: por tanto, fué condenado por el juicio. Llamó a su hermano *raca*, hirió a Montalvo con palabras duras, y así quedó condenado por el consejo; y le llamó venenoso, sin acordarse de la gehenna de fuego. La sabiduría de la Iglesia, no la niega nadie. Papas sabios, jesuitas ilustres, frailes salvadores de los clásicos, religiosos eminentes, gloriosos encapuchados, célebres sotanas: todo eso señor! Pero también cardenales infames, y curas brutos. Así que se puede ser príncipe de la Iglesia y falto de seso, papa y malo, reverendo y bestial.

Un análisis, un examen, se hace con indignación, cuando el objeto o materia analizada es causa de ella. La «santa ira» viene de vuestro vocabulario. En vuestras discusiones teológicas e inquisitoriales, jamás hubo quietud; y nunca faltó la cólera, en el gesto, en la palabra, en el *nego* o en el *distingo*. La hoguera no era el epílogo de la tranquilidad dogmática.

El astro de Montalvo, cada día más brillante, no se apaga con el celemín de la pasión sectaria.

Es común que los representantes del divino Maestro, olviden el evangelio.

Si la Iglesia no ha desaprobado la conducta del señor Obispo Ordóñez, la razón es harto clara; no hay mayor solidaridad y unión que la de los católicos. Vos, señor, sois un ejemplo, en el caso actual! y luego, que S. S. no está muy al tanto de lo que pasa en sus pequeños principados religiosos de América.

Y a las claras está que nada arguye contra la sabiduría de la Iglesia el error de uno de sus miembros. Y por lo que al arte se refiere, León XIII, el poeta-pontífice, el artista de la tiara, que siguiendo a San Buenaventura en su homilia, excusa el estudio de ciertos autores; quizá, quizá sonsonreiría al leer la *Mercurial*, y daría a don Juan el pase franco, en gracia a la belleza de su estilo y a su grandeza literaria: *Permituntur propter elegantiam sermonis*.

«La imaginación es a veces la loca de la casa». Será la frase una joya; pero pertenece al Museo.

Decís que «*clerigalla* no es español, ni in-

dio, ni chino. La clerigalla, no existiendo, no puede ser ni ridícula ni enemiga». Existe, señor. Es una palabra, que si no se encuentra en autores castizos, la hallaréis con seguridad, marcada con lápiz rojo, en el *inferi* del diccionario del progreso.

LLAMA el que me critica *salvajez* a su artículo. No señor. A mi, al menos, me parece que no es una salvajez.

He tenido que escribir largamente. Es la primera vez que me defiendo, porque también es la primera vez que se me ataca de manera digna de contestación.

Pero ya basta. Recuerdo la voz del evangelista: «Más sea vuestro hablar sí, sí, no, no, porque lo que es más de esto, de mal procede». Y yo no quiero proceder mal. Al no, de *La Unión Católica*, respondo sí,—como me lo manda el Evangelio.

(*El Partido Constitucional*, 28-XI-91).

NOTA.—En la entrega de enero de 1892 de *La Revista de Costa Rica*, publicó Darío el poema *Tutecotzimi*. Así la leyenda: TUTECOTZIMI —DEL LIBRO DE LOS IDOLOS.—*Los Caciques*. Más tarde, en *El canto errante*, el poema aparece aumentado con los 28 primeros versos.

Instrucción Pública

San José, 27 de Diciembre de 1891.

Señor Ministro:

Tengo lo honra de dar a Ud. mis informes del resultado de los exámenes en el Colegio de Nuestra Señora de Sión, para los cuales fuí nombrado Delegado del Gobierno.

Los exámenes se verificaron los días 15, 16 y 18 del presente mes, y se siguió para ellos el plan de estudios y programa de enseñanza de tan notable plantel.

Creo, señor Ministro, que tanto el Gobierno como los padres de familia que educan a sus hijas en el Colegio de Nuestra Señora de Sión, deben estar altamente satisfechos: allí se enseña mucho y se enseña bien.

Juntan las religiosas profesoras a un método a todas luces excelente, una dedica-

ción constante; y al par que inculcan la moral más sana, llevan a la inteligencia de las alumnas conocimientos variados y sólidos. Desde la niña pequeña que recita los mandamientos de la Ley de Dios, hasta la señorita de diez y seis años que analiza un fragmento de Bossuet o una oda de Víctor Hugo, se advierte que han sido bien dirigidas en sus respectivos estudios, y que la fama del Establecimiento es de las más justas y bien sentadas.

Se examinaron las alumnas en Religión, Gramática Castellana, Literatura, Gramática Francesa, Geografía, Astronomía, Aritmética, Geometría, Historia, Historia Natural, Física, Química, Lecciones objetivas, Inglés, Dibujo, Caligrafía, Economía doméstica, Costura, Música y Canto. Y en cada una de las asignaturas pude notar innegables progresos.

Las madres de Sión procuran que de su Colegio, salgan las jóvenes instruidas al par que virtuosas.

Agrupan las discípulas según las distintas edades, para la enseñanza de los diversos ramos, y cada agrupación está al cuidado de una inteligente profesora. Así, a cada niña se le da su alimento intelectual con-

forme con su compresión, con sus fuerzas y con sus aptitudes.

Muy plausible es, sin duda alguna, que la enseñanza de gran parte de los cursos se haga en Francés. Cultivan las alumnas este idioma sin descuidar el propio; y he observado que en ambas lenguas expresan sus ideas con igual facilidad. Esto se entiende, por supuesto, de las niñas que componen las principales divisiones.

Procúrase en las clases no causar fatiga a la inteligencia de las discípulas. Al mismo tiempo se las enseña a pensar, haciendo que expliquen con sus propias palabras lo que aprendido tienen en la memoria.

Para estimularlas les dan premios y distinciones a las que lo merecen.

En resumen, señor Ministro, la enseñanza de las hermanas de Sión, que tanto éxito ha tenido en las distintas partes del mundo en donde ha sido establecida, produce en Costa Rica magníficos frutos. Por ello, en gran parte, habrá en los hogares costarricenses cultura y religión: la primera, bello adorno de la vida: la segunda, paz del hogar, baluarte de la familia, y el único verdadero sostén de la moralidad, supuesto el presente estado social.

Sintiendo no poder hacer más detallado este informe, y agradeciendo al gobierno la honra que me hizo.

Soy con todo respeto del señor Ministro, atento s. s.,

RUBÉN DARÍO.

(*El Heraldo*, 1-I-92).

LA RISA [1]

He cerrado el libro de Coquelin. Quedan aún en mi memoria la visión de la última mueca y el eco de la última carcajada. Siento un verdadero alivio. Acababa de leer la Sonata de Kreutzer y un maldito libro de versos de Rollinat. Me reconforto. Miro al alegre cielo por una ventana de mi cuarto de trabajo, que da a un patio lleno de flores. Después de tener largo tiempo ocupado el pensamiento en las negruras de la vida, he aquí que experimento especial complacencia en oir cómo sobre un rosal en flor, canta un pájaro haciendo chiiiu... chiiiu... Es un pobre pajarito del cielo, que no sabe metafísica, ni lee poetas neuróticos, ni conoce a Tolstoi.

Mi ánimo ha cambiado.

Por qué? Por la influencia de la risa.

Oh, y es la verdad. Delante de lo oscuro de la existencia; delante de las conclusio-

(1) En el Nº 4 de la Revista *Costa Rica Ilustrada*, de 23 de enero de 1892, también apareció este artículo, dedicado a José Martí.

nes fatales y tristemente profundas del pesimismo; delante de la fábrica negra y vasta levantada por Schopenhauer y Hartman; delante de la estatua del dolor, fundida al calor de su misteriosa poesía por Leopardi, surge, a modo de un refugio para el espíritu, como un consuelo o mas bien, como una defensa, el claro resplandor de la alegría.

La alegría destierra el estado morboso de las almas; la alegría, riente, expresiva, de sonoras alas, se mueve en un ambiente sano y vivificador. Su trueno jovial, su carcajada, es como las descargas eléctricas, que purifican la atmósfera. Y en este siglo de crisis intelectual, de agitación moral, de decaimiento, de enfermedades del alma, la risa ha podido ser torre de asilo, lugar de salvamento, para los que se allegan a sus dominios y se acojen bajo sus banderas. El ser humano tiene un fondo de tristeza. Sobre la oscuridad cruza un vivo relámpago, la risa.

Lo amargo de la vida siempre ha hecho conmoverse el alma de los fuertes pensadores. Los más grandes poetas han sido los poetas del llanto; el vientre del dolor es eternamente fecundo. Homero no ríe, Job no ríe, Esquilo no ríe, Lucrecio, Dante,

Víctor Hugo, no ríen. Cervantes ríe, pero bajo la armadura grotesca, dentro del amojamado cuerpo del caballero de la Mancha, va un espíritu trágico y doliente derramando lágrimas. Moliére creó en Alcestes, con la envoltura de lo cómico, una dolorosa encarnación de la amargura humana. Rabelais, el formidable bufón, no conoce el amor ni la ternura, aunque todo lo llena con la soberbia explosión de su risotada. Rabelais no sabe sonreir, como Voltaire el gran risueño. La risa tremenda de Aristófanes estallaba como una terrible fanfarria, a través de las máscaras de los histriones, en las fiestas dionisiacas. Los dioses de los paganos reían. Bajo el cielo griego resonaban las carcajadas homéricas. Momo era un dios-payaso. En la Iliada, al paso de Tersites se oye el eco de las burlas. Rabelais desciende en línea recta de Aristófanes. El poeta pagano, por ley atávica, reaparece en el buen monje gascón. Voltaire posee todos los matices de la risa, todos sus tonos, todas sus armas. Rabelais es siempre el titánico farsante. Voltaire emplea la flecha y la catapulta; Rabelais apedrea como Polifemio.

Generalmente los hombres risueños son

sanos de corazón. La risa es la sal de la vida. La risa de un niño es como una loca música de infancia. La alegría inocente se desborda en una catarata cristalina que brota a plena garganta. Triste hogar es aquel donde no resuena la amable risa infantil. Los pensadores meditabundos no ríen, porque viven en constante comunicación con lo infinito, en medio de una vasta serenidad. Los bandidos, los hombres avezados al crimen tampoco ríen; en su vida zozobrante y lívida, llenos de hiel y de sombra, siempre van acompañados de un negro genio que mantiene en sus espíritus el espanto y el odio.

El orgullo, la vanidad, sonríen; la envidia no puede. Pálida y enferma, traga su propia bilis, y está, con el ceño arrugado, siniestra como la pintó el poeta latino, aplastada bajo la montaña del bien ajeno. Y si logra reir el envidioso, es con risa histérica y espantable.

En la historia literaria, existe una figura, extraña representación del egoísmo y de la dañada burla: Swift. No le atormenta el sombrío livor, el spleen británico, la enfermedad nacional. Es un espíritu emponzoñado lleno de cruda misantropía, especie

de hombre-escorpión, siempre listo para asestar el garfio que inocula el veneno. Su arma fué la risa; pero ella es en él salvaje bufonería, cruel dardo de un ser dañino. Su talento era corrosivo como un frasco de ácidos. Fué el exacto tipo del «panfletista». El creador de Gulliver hizo del sonoro y buen metal de la risa, un puñal que puso en manos de su ambición y de su rabia. Aristófanes enseña y reprende; Agrippa D'Aubigne como Juvenal, convierte la ironía en un látigo de acero y destroza las carnes del vicio real y cortesano. Rabelais hace la gigantesca parodia de sus tiempos, como un Micromegas que se divirtiese jugando a los títeres; Cervantes alza la figura de don Qu jote en la tumba de la caballería y bajo una ideal y magnífica apoteosis; Voltaire con su estridente risa, hace que

> Hoy la humana razón sirva de guía
> a la prole de Adán regenerada.

Swift, en medio de su hipocondría y de su ruindad, solamente obedece a sus pasiones, y arroja su chiste al rostro de la sociedad como un vaso de vitriolo. ¡Mal haya aquel que en el buen campo que Dios le dió, cultiva plantas venenosas y llenas de

espinas. Swift, funesto sembrador, sembró en su huerto manzanilleros, cactus y ortigas. El gracioso era mal hombre. El caso de Swift se repite con alguna frecuencia en escritores jocosos que si no le superan en talento le superan en maldad. Emplean su habilidad más o menos crecida, en desgarrar.

Hacen de la sátira el arma de su rabia.

Como el yambo de Arquíloco:

Archilochum proprio rabies armabit iambo.

Ningún poeta de la antigüedad fué más odiado que Arquíloco. Todo lo contrario afirma de Simónides Joubert. Fué estimado; fué amado. Triste don es el talento si nos sirve para traernos el general desprecio o el odio. Alfredo de Musset en su verso de oro, nos dice que ser admirado no es nada; el asunto es ser amado.

Etre admiré n'est rien;
l'afaire est d'etre aimé.

Es el inconveniente de muchos escritores graciosos: les admiran pero les aborrecen, porque les place desgarrar. Hacen reir por medio del contraste de las ideas, o por el empleo de ciertos juegos de palabras, bus-

cando en todo el lado ridículo de las cosas. Los escritores graciosos tienen lo que en español se llama chiste, en francés *esprit*, en alemán *witz* y en inglés *humour*. El «buen humor» es lo que distingue a los escritores de la gracia. Pero el mayor enemigo de la gracia es la grosería. Albert Wolff que es autoridad, define así el *esprit* parisiense: «El arte de decirlo todo con buen humor y sin la menor grosería». Nada vence como la gracia sana. El genio francés alienta bajo el claror de la alegría. La vieja risa gala, fortifica a los bravos trabajadores. Zola el fuerte cazador, ha dado sus alabanzas a ese antiguo tesoro de la Francia. Pero ha tronado contra los que lo falsean y lo profanan.

«Oh genio francés, dice, *esprit* francés, tan neto y tan recto, formado de buen sentido y de viva personalidad, tú bien sabes que el falso *esprit* me exaspera y me pone fuera de mí... Tú solo eres el *esprit*, oh viejo *esprit* necional, tú que sacas la risa de la razón, que eres simplemente la flor de la inteligencia y de la verdad». Sí, la falsa gracia abunda en París, aquí, allá, en todas partes. Prodúcenla los sucesos comentados por el gacetillero; la politiquería; la necesidad que en el diario tiene a veces el revis-

tero de hablar en necio por la razón de Lope. De manera que así la verdadera, la fina, la brillante gracia, se convierte en la mueca bufa de baja extracción, en el chiste patanesco, en la risa insensata y pueril que propaga y celebra por un día, la inconcebible estupidez humana.

La risa, como las flores, como las mujeres, está bajo la influencia del sol, del clima. Ved como ríen los franceses, y entre ellos esos sudorosos meridionales, los que nacen en Provenza, allá donde Valmajour oyó cantar el ruiseñor. Bajo el sol provenzal ríe el tamboril, ríe el pífano, ríe el vaso de buen vino, ríen las alegres muchachas y los mozos que bailan la farándola. Esa jovialidad está impregnada de luz y de calor, como los versos de Mistral, de Roumanille y de Aubanel. La risa de París, culta y chispeante, mueve el lápiz de Carán d'Ache, la pluma de Armand Silvestre y de Scholl, y produce hoy las canciones de Paulus y de Ives Guilbert, como antes las explosiones de alegría musical que dirigía la batuta de Offembach. Qué es una canción sino una carcajada? Los holandeses y flamencos tienen fama de ser flemáticos y reposados. Pero el arte flamenco representado por Rubens, es agitado,

derrocha el movimiento, las carnaciones de la lujuria, los músculos; y el «buen humor» tiene un bizarro paladín en Jordaens, con sus interiores risueños y sus personajes gordiflones, sanos, que respiran en una atmósfera de excelente hilaridad. Y luego Teniers con luz regocijada, pinta de un modo encantador las bulliciosas Kermesses y expansiones aldeanas. Poseen como los artistas del Japón «ese sentimiento caricaturesco, ese lado cómico de la vida, expresado con sencillez semejante a la ingenua gravedad con que algunas personas dicen o escriben divertidísimos chistes ..» Mas cuánta diferencia entre el *Fligende Blatter* y el *Charivari*, entre el gesto de *Mein Herr* y el de M. Prudhome, entre la risa de Gretchen y la carcajada de cristal de la señorita Colombina, ciudadana de París. En Inglaterra la risa se acerca a los límites de lo trágico. El clown, el mimo, es la encarnación de esa alegría que lleva la mueca hasta lo visionario y el ademán hasta el dislocamiento. En esto hay algo del turco gherouzé y de las marionetas macabras de los japoneses. Hay en el fondo mucho de fatal, de triste. A propósito recuerdo que Macaulay compara a Voltaire genio francés con

Puck, y a Swift de genio inglés con Mefistófeles. Por lo que respecta a los anglo-sajones, tienen el chiste grueso y rudo: Mark Twain recorta los suyos como en cartón y a cada paso se ve la huella de su pesado y férreo tacón de yankee. Bill Nay no puede satisfacer sino a un norte-americano de pura raza, de aquellos que gozan inefablemente con los christie-minstrels; la risa del país del Norte no es como su hermana la del Mediodía, rosada, vibrante, sonora, entre las rosas, bajo los nidos de los pájaros, en un ambiente poblado de armonía y de sol. La alegría de Italia tiene un triunfo: el carnaval. El hijo predilecto de la farsa es Pulchinela. Pantalon, el Doctor y demás buena compañía vienen después.

La risa de España tiene un campeón en el chulo y una flor en la manola. No hablo de esa gran alegría literaria que tiene su epopeya victoriosa en las novelas picarescas; de la alegría triunfal de Cervantes, de la alegría endiablada de Gil Blas de Santillana y de Guzmán de Alfarache. Me refiero a la indígena, a la autóctona, a la legítima y nacional alegría española. Esa es la que dirige y anima las danzas del pueblo. Su bandera irisada es el pañolón de Manila, y

en la caña cristalina bebe el zumo de Jerez y de San Lúcar. Para la fiesta griega eran los crótalos sonoros; para sus zambras son las vivas, locas y animadoras castañuelas. Su pompa es vistosa, cubierta de colorines, de cintajos y de lentejuelas. La lentejuela es una estrella de ese firmamento donde son constelaciones la chaquetilla del torero y la enagua de la flamenca danzarina. Los moros le dieron su pandereta, que es el tambor del regocijo. España ha compendiado en una palabra que es un símbolo, toda su antigua y salvadora gracia: «sal».

BENDIGAMOS la risa. Bendigamos la risa porque ella libra al mundo de la noche. Bendigámosla porque ella es la luz de la aurora, el carmín del sol, el trino del pájaro. Bendigamos la risa, porque es la predilecta del rey Bebé, muñequito sonrosado y adorable que lleva paz y dicha a nuestras casas.

Bendigámosla, porque ella está en el ala de la mariposa, en el cáliz del clavel lleno de rocío, en el aderezo de rubíes que se contiene en el estuche de la granada. Bendigámosla porque ella es la salvación, la lanza, el escudo.

LUEGO, cuando estamos en el recogimiento de nuestros ensueños, en la vaguedad de nuestras esperanzas, en la fatamorgana de nuestras ilusiones, viene una musa triste, triste, triste... Nos visitan en nuestras ansias solitarias, amados y misteriosos seres, llenos de enigmas de dolor o de fatalidad. Hécuba sollozante y maternal está allá lejos; Orestes va gimiendo y tras él las Euménides implacables; Edipo pasa ciego; Medea abomina y conjura; Hamlet, esta esfinge, se ve ante Ofelia, esta pálida y fúnebre rosa. Y después, todos los hijos de la neurosis, todas las negras mariposas del delirio. Junto al realismo, cegador de flores, la poesía envenenada, la enferma, la de las ruinas, las larvas y los despojos.

Quién nos salva de este anonadador y oscuro diluvio, de esta sombra, de esta invasión espectral, de este horror, de este espanto?... Tú, Scapin; tú, Trinículo, tú, Sancho, tú, Clarin junto a Segismundo; tú, pobre bufón que acompañas al viejo Lear, cuando la tempestad, con sus furiosos dedos de hielo, desgreña la regia barba blanca.

(*La Prensa Libre*, 29-VIII-91).

De viaje

HEREDIA

6 de mayo de 1892.

Desde la llegada comprende el viajero que Heredia es una ciudad amable. Empleando el vocablo nacional y gráfico se la podría llamar *corronga*. He visto de pronto sus casas, sus parques, sus iglesias; tiene mucho árbol, muchas mujeres bonitas, mucha gente religiosa.

La religión y la belleza reinan en Heredia, junto con la hospitalidad.

Acabo de ver un torreón (1) que parece arrancado de un castillo medioeval. He estado en la nave de una iglesia, donde los ángeles de bronce (2) ofrecen en sus manos hieráticas el agua bendita.

---

(1) Dice don Luis R. Flores que al ver el citado torreón se quedó contemplándolo y le dijo: «Ve que nunca quiten eso».

(2) También parece que le llamaron mucho la atención.

La basílica del Carmen, con su graciosa elegancia, no puede menos que agradar al artista.

Heredia es suave, cortés, coqueta y rezadora. Con su ambiente sano y su población tupida y su café. Heredia es la señorita rica que desde su provincia reina y vence. No tiene luz eléctrica, pero los ojos de las estrellas la favorecen tanto! Y luego los de estas encantadoras heredianas que poseen las más adorables pupilas que es posible encontrar en el mundo.

El trabajador tiene aquí su morada. Es de aquí de donde en cantidad harto considerable se exporta el grano de oro del «arbusto sabeo». En el pueblo herediano se encuentran los robustos y sanos mozos, las muchachas campesinas de caras rosadas, los viejos labradores, honrados como patriarcas y ricos como pachaes de los cuales se hallan ejemplares pasmosos en el pueblo santodomingueño.

De noche, en el parque, se encuentran parejas envidiables, en los bancos, cerca de la fuente en donde canta el agua. Una banda se oye a lo lejos fanfarriando alegremente. Las torres se destacan sobre un hermoso

cielo apizarradamente opaco. No hay casi una ráfaga de viento que mueva los ramajes de los grandee árboles.

A través de los vidrios de los balcones, en las caras cercanas, brota en anchas y pálidas franjas, la luz. El poeta Luis Flores me hablaba de una divina esperanza ideal, en tanto que oigo reir cerca de mí, a una locuela de quince años.

Este boceto instantáneo será después un cuadro.

Lo que es hoy noto una quietud monacal y somnolente que empieza a invadir la ciudad. Son las diez.

Buenas noches.

(El Diario del Comercio).

LA NUEVA OBRA DE RICHEPIN

RICHEPIN es el poeta más vigoroso que hoy tiene Francia. El «Parnaso», no pudo contarle entre los suyos; los neuróticos menos porque ese toro no padece anemia ni debilidad; los «impasible», tampoco pueden contarle como suyo. El es la fuerza; es el poeta del pueblo; es el poeta áspero de los de abajo; aunque también tiene todas las exquisitas delicadezas de la aristocracia. *Chansons de Queux* es la música divina y terrible de la miseria; *La mer* es el son oceánico de una lira rara y potente; *Les caresses* tienen carne y sangre, como si cada estrofa viviese y palpitase como una mujer; en fin, al leer los versos de este maravilloso titán, resplandece la luz de Apolo y se ve la huella del paso de Hércules. Para conocerle es preciso comprender el alma de las multitudes; ese descendiente de un rey bohemio, es griego por el amor a la belleza, galo por

la audacia triunfante, latino por la armonía; cosmopolita por el vuelo universal de su genio que se cierne sobre países, épocas históricas y medios sociales, como si alas soberanamente poderosas le llevaran de triunfo en triunfo. No pertenece a escuela determinada, sino que adora el arte como un sacerdote a su dios; no sigue a este o aquel maestro, porque él saluda respetuoso o admirado a los brillantes creadores de todos los tiempos, y no reconoce sino la única jerarquía que puede reconocerse: la jerarquía del talento. Así al que labra sus versos en mármol o en granito como Leconte de Lisle, al que perfuma sus cuentos y sus rondeles y sonetos como Catulle Mendes, al que ambariza y dora sus hemistiquios como Armand Silvestre, al que pinta y anima como Mauricio Pouchor; al decadente, al parnasiano, al neoclásico, al revolucionario, como tenga el sagrado fuego, el aliento admirable, Richepin le coloca en el lado derecho de su olímpico juicio, porque si hay algún formidable enemigo de los tontos es este pletórico púgil del arte.

Cuando quiere ser ligero y blandilocuo escribe sus cancioncitas o sus prosas ricas y tarascedas de *le Pavé;* cuando quiere con-

mover e impresionar al público del gran París, hace un drama, *Nana Sahib*, por ejemplo; y va él mismo a las tablas y representa con Sara Bernardt. Le critican porque tiene afán de hacerlo todo grande. ¿Querrían que se convirtiese Sansón en miniaturista? ¿Es culpa ser uno Miguel Angel? El que es Benvenuto que haga un poema de grandeza en un botón de chapa; pero el que toma una montaña por bloque para su estatua no se le culpe, si su fortaleza le lleva a acometer las empresas enormes. El último drama suyo que acaba de conmover a París, es una nueva demostración de la gigantesca imaginación y facultad artística del opulento poeta. Su verso como el del padre Hugo, ha resonado vencedor y soberbio; y si hay una parte del público resultado de la decadencia literaria que amaga a la Francia contemporánea que haya lanzado los dardos romos de una crítica calófoba sobre esa obra maestra, eso no indica sino que eternamente la torpeza humana tendrá prosélitos, propagadores y sacerdotes.

(*El Heraldo*, 22-III-92).

CRÓNICA

De los pueblos risueños, del campo bondadoso y saludable, del puerto lleno de bullicio y vida, de dar aire y fuerza a los pulmones, de buscar salud y alegría volvieron las familias emigrantes. San José había quedado triste, sin la mayor parte de sus josefinas. Hervía el Limón, repoblado, henchido; el dinero se gastaba allá con furia. Era la cana al aire del año. En las mansiones campestres se organizaron jiras y fiestas. Los pájaros joviales, formaban su bullicio sobre las risas de las damas que se divertían. El baño era en los ríos claros, a la luz del sol de la mañana. Las niñas van a la orilla del río, unas a pie, otras a caballo. La que va adelante sonríe a su primo; la que va por último, es rubia, tiene los ojos azules; se detiene de cuando en cuando para hacer un ramillete de flores campestres. El almuerzo en pleno aire es delicioso,

cuando en los rizos de las niñas tiembla el agua en diamantes. Todo el mundo es gracioso. Todo el mundo está contento. Se ríe y se come; se dicen ocurrencias chispeantes. Los hombres que llegaron de bañarse de más lejos, dan vuelos a la broma. El que tiene la camisa de lana gris, corbata pintoresca y sombrerín de paño, está mirando a la novia que lleva el ala de pollo fiambre a la boca roja y pequeña. Tras el aperitivo número 8, resuena una salva de apollinaris. Después, cuando el sol pica, a la casa. Pero lo fino es cuando hay baile, y vienen los vecinos de las quintas cercanas. Entre los adornos de ramas verdes, resaltan los buqués, hechos por manos blancas, en el jardín. Los jóvenes charlan y ríen con las animadas señoritas, y cuando el piano echa a volar el wals, ya están las parejas listas.

En el puerto, frente al Atlántico, todo era andar de aquí a allá, siempre llevando la mano al bolsillo o a la boca. La Uvita tuvo su jubileo, y la uva el suyo. Por las calles danzaba el negro, a són de marimba. Los hoteles vaciaban las bodegas en las mesas. Las despensas pletóricas quedaron tísicas. Todo era caro. Los trenes volvieron jadeantes, cargados con viajeros. Por las

calles de San José vuelven a dejarse ver las preciosas ausentes.

La Semana Santa estuvo... ¡pero Dios mío, si aquí no hay Semana Santa! Se sabe que se está en ella, por la lánguida mirada que da el pescado sobre la fuente, porque no se come carne en la casa, y porque oye uno campanas y no sabe donde. Es decir, porque no oye las de las iglesias desde el día en que el Cristo muere hasta aquel en que resucita. Un nicaragua—mi paisano—me dijo entre nostálgico y afligido: «Hombré ¿te acordás de la Semana Santa de León?» ¡Vaya si me acuerdo! Va el domingo de Ramos el Jesús triunfal, bajo palio lujoso montado en un asno: el prefecto lleva las bridas. San Benito es el del lunes; todo el día para él, y por la noche todo un pueblo le acompaña en su procesión; sobre diez mil luces de cera negra va la estatua del santo negro. El martes San Pedro llora al rededor de la plaza mayor, frente a la vieja, fuerte y chata catedral. El miércoles, San Sebastián recorre las calles, cubierto de flechas, amarrado al árbol del martirio. El jueves, a media noche, al eco de las trompetas, va el Cristo prisionero;

después que ha visto la población la urna de oro en donde va el lignum-crucis. El viernes pasa el entierro del Justo; tras él las caudas sacerdotales, soldados y cañones del gobierno; en tanto, toca que toca, en la torre de las grandes campanas se desgonza la matraca. El sábado se canta gloria, se oye en el campanario el bronce, frente al cuartel el cañón, y por todas partes, cohetes, bombas y balazos. El domingo Jesús resucita, y el lunes ¡todavía otra procesión! se va a los cielos, camino de la iglesia del Calvario. «Hombré, ¿te acordás de la Semana Santa de León». Amigo mío, ¿ya ve usted que no se me ha olvidado aún?

Resumen de lo que acabamos de ver aquí: unas cuantas tristes procesiones; poco fervor; y la fama de los beefteacks y aves fritas de los hoteles, en los días en que manda riguroso ayuno la Madre Iglesia Católica.

Y a propósito de cañonazo ¡qué lástima nos da de los que se han quedado ayunos de armonía, de los que no han asistido a los conciertos de O'Leary y Mollenhauer! Las graciosas artistas lo son por complexión, por temperamento. Las hadas aquellas de la cuna, que de tan citadas ya no quieren

salir de mi tintero, les ofrendaron el precioso don con que hoy encantan y entusiasman. Al oirlas, no pude menos que recordar los versos de un poeta, íntimo amigo mío, a quien no he citado nunca:

Va la manita en el teclado
como si fuese un lirio alado
lanzando al aire la canción.

Hacen cantar el piano. Ese instrumento burgués y amenazador, se convierte por la maravilla de la ejecución, por el talento de esas niñas, en una caja de música divina.

Lo que hay mejor en esas gemelas del arte, es el gusto, un gusto exquisito. Ambas lucen una corona de perlas en la aristocracia de la música. Los grandes maestros de Alemania son sus preferidos. Sus dos almitas adolescentes van arriba, muy arriba! Las habría querido el padre Wagner. De Beyruth viene el viento armonioso que agita la cabellera oscura y espesa de estas costarriqueñas. La una tiene catorce años. La otra tiene quince años.

Y este mes ha sido para los amantes de lo bello. Hemos tenido la dicha de ser visitados por dos maestros, por dos artistas de fama crecida y justa: los violinistas Mo-

llenhauer. Eduardo es un veterano. En la batalla se le ha emblanquecido la cabellera. Guillermo es el hijo, un joven de largos cabellos negros, nervioso, delgado, en el cual se ve la posesión del «deus». Ambos se adueñan de su auditorio; ambos tienen arcos mágicos; sus violines avasalladores tienen el prestigio de lo maravilloso. Sus conciertos fueron triunfos. El público ¡no todos gustan del vino del Rhin! no fué tan numeroso como era de esperarse. La prensa sí cumplió con su deber, les colmó de aplausos, les ofreció su homenaje. Pedro Ortiz, el severo e impecable, se decadentizó al influjo armónico; me dedicó en el *Diario del Comercio* una lámina de plata, incrustada de finos mosaicos. Le doy de paso las gracias. En conclusión, los Mollenhauer han sabido dejar en Costa Rica bien plantado el árbol de su recuerdo. Cuando queramos gozar con el eco de sus armonías cortaremos de ese árbol una flor.

UNA flor no, dos coronas de ciprés quedarán en el fin de esta crónica, a la memoria de dos varones ilustres que acaba de perder Costa Rica.

Por el uno se enlutó la Patria; por el otro

la sociedad. El Doctor don José María Castro, es el uno; patricio, padre de la República. El otro es don Ernesto Rohrmoser, caballero entre los caballeros, noble y generoso corazón, hombre de alma límpida, joya social. Ambos fueron llorados y lamentados. Si Costa Rica tuviera su Pantheón, estarían hoy bajo el glorioso techo, entre fúnebres guirnaldas, silenciosas, benditas las dos tumbas.

(*La Revista de Costa Rica*, abril del 92).

EL DOCTOR CASTRO

COMO en el último sacrificio fúnebre de la Iliada, en que la hoguera pagana consumió el cuerpo del héroe; como cuando se alzaba la columna o el monumento conmemorativo sobre la tierra, o se labraba el pétreo y misterioso hipogeo debajo de la tierra, para el hombre pensador y magnánimo, para el rey fuerte o bondadoso; como discípulos que vemos expirar al maestro, que acaba de apurar, bajo el palio de la vejez, la última gota de la cicuta amarga de la vida; como marineros que quedamos en la orilla, viendo hundirse en el mar de la sombra al esforzado capitán anciano; así estamos nosotros; así estamos los hijos de la Patria y de la Libertad al contemplar el ocaso de este sol que se apaga.

YO le he visto en su lecho mortuorio; con el rostro pálido después del amargo esfuerzo de la última agonía; le he visto con

los ojos cerrados al heladó beso del ángel del último sueño; rígido, con los labios apretados, frío, imponente, cadáver! Y en tanto que le miraba venía a mi memoria el recuerdo de toda aquella existencia pasada, de aquella senda limpia y victoriosa por donde pasó el caballero vencedor al son de las trompetas de bronce de los cívicos triunfos. Me imaginaba verle joven, vibrante, en los primeros tiempos de su vida pública, cuando era el mozo de inteligencia alada, Auditor de Guerra de aquel batallador inmortal y heroico que se llamaba Francisco Morazán, cuyo retrato le vi hacer al patricio venerable, a la mesa de los Montúfares, en Guatemala. O antes, en los claustros de la Universidad leonesa, aprendiendo filosofía en latín y penetrando en el espíritu de las leyes; o cuando al retorno a su patria costarricense, sirvió a Alfaro, el alajueleño, que tenía fibra y sentimiento, que era franco y natural, sin barnices modernos, contundente como un martillo y claro como una gota de agua; o ya en mejores épocas, cuando tuvo el pensamiento amable y generoso de traer aquí a don Juan García, que levantó la enseñanza, que explicaba a los niños como un maestro moderno, lo que es

una rosa, lo que es una estrella. Bendito el Ministro bueno que para su país quería la libertad y la luz! Así fundaba para los pequeños la escuela, para los hombres la Universidad. Y cuando subió más alto, a Jefe de la República, joven, en época en que sólo ascendían al gobierno los cabellos blancos, fué modelo de presidentes. Si pecó fué el suyo pecado de bondad, o exceso de entereza. Tal se vió a su caída, pues el pueblo pudo observar cuánto de trabajos y de obras de progreso dejaba el gobernante probo que buscaba siempre la felicidad de su nación. Querían los enemigos detener su aliento, parar el brazo laborioso: le hacían guerras; se defendía él, apagaba el incendio, destruía los planes adversos; cayeron bajo su mano los revolucionarios, a nadie mató: como dice el periódico del Gobierno: «no manchó sus manos en la sangre». Cuando se fué a su casa, llevaba las manos puras; a través de su conciencia cristalina, brillaba el sol. De oro era la medalla que llevaba en su pecho el *Fundador de la República;* la medalla que le dió el Congreso, cuando dejó el bastón. Después le persiguieron en su tierra, y se fué a comer pan extraño, porque le echaron de ella. Soportó estoico

el destierro. Donde llegaba decían: «Bien venido seas». Aquí estaba la familia triste, que cuando volvió el proscrito le recibió con lágrimas y flores. Hombre tan meritorio, dijo la Asambla, no merece sino sillón de honra, curul augusta; y le puso de Presidente del Poder Judicial. Sirvió de nuevo a su país, y, como siempre, en él resplandecieron la honradez, el honor y la justicia. Pasó algún tiempo y se dirigió a la república colombiana. Los nobles vecinos le recibieronde manera fraternal; y Murillo, el gran Murillo, recto y sagaz, cuya alma era un cisne por lo inmaculada e intacta, estimó al huésped, le pusó sobre su corazón, le dedicó sus juicios lisonjeros.

REGRESÓ. Lleno de grandes prestigios, cubierto de viva gloria, volvió a elegirle Presidente el pueblo. Comenzó de nuevo el repúblico su interrumpida tarea. En medio de las agitaciones políticas, era un árbol firme y vigoroso que tenía el conocimiento de la virtud de su savia. Pero he aquí que la revolución fué más potente que las anteriores: golpeó el hacha rêvolucionaria y el árbol se vino al suelo. Mas sus mismos contrarios reconocían la superioridad de aquel

republicano que no atacaba nunca la ley ni los principios democráticos; que tenía odio al cadalso, que dejaba intacta el arca pública, que promovía adelantos, que respetaba el derecho ajeno, que no callaba nunca los clarines de la prensa, esa terrible derrocadora de toda Jericó.

En sus postreros tiempos siempre estuvo en altos puestos, en gracia de sus merecimientos altísimos. Todo Centro América vió de cerca al preclaro ministro que llevaba en la solapa de su levita el botón rojo de la Legión de Honor; todo Centro América escuchó los discursos suyos, oportunos y patrióticos siempre, y todo Centro América cuando le veía pasar decía: «Allí va una reliquia gloriosa del buen tiempo viejo; allí va un monumento vivo que recuerda la grandeza de nuestros padres».

Era él un tanto soñador; era unionista. Quería la fusión de los cinco estados, la Unión, la visión de Jerez, la Dulcinea de Cabañas—ese sublime caballero andante de la libertad;—la mártir que quizá desapareció para siempre aplastada por las ruedas de los cañones de Rufino Barrios. Siempre fué el doctor Castro mensajero de la Paz.

Los que le conocimos íntimamente, sábe-

mos como era el hombre. Era jovial, bondadoso, amigo de la juventud.

Amaba a sus hijos con una ternura profunda. Cuando murió mi amigo Jorge el padre padeció dolor inenarrable. Al verme tiempo después de la desgracia, se puso a llorar, me dió un abrazo. Pobre y bella alma!

Duerma ya su misterioso sueño el maestro de virtudes y energías.

Descanse el hombre antiguo, extraño a nuestros tiempos, digno del mármol. Costa Rica le debe una estatua.

La juventud debe descubrirse delante del cadáver del varón intachable.

Su casa está de duelo, ese hogar que él quiso tanto, donde tenía los seres de su corazón que le acompañaron en las glorias y en las tristezas de la existencia.

Yo saludo al patricio que emprende el viaje eterno.

Saludo al astro que se pone.

Te digo adiós, anciano de la sonrisa dulce y la mirada paternal.

(*El Heraldo*, 6-IV-92).

EL HOMBRE BUENO

LA ciudad se puso triste; se puso triste el corazón social. El club enlutó sus balcones; los amigos se encontraban en la calle y se daban el pésame; en las casas cariñosas tejían coronas las damas amables; yo ví a una, llena de gracia y virtud, tejiendo el ciprés y las flores fúnebres, para honrar la memoria del hombre bueno.

Era querido, era uno de aquellos caracteres de oro, corazones limpios y suaves, que atraen a su foco de bondad, el mariposeo bendito de los agradecimientos y de las nobles simpatías. Ese árbol del trabajo tenía la flor generosa. Ese rico gustaba del hermoso placer de ser humilde. Ser humilde a tiempo es la gran ciencia. Para él las acciones del hombre debían verse puras y blancas como un cristal. Para él los sujetos

rectos, los brazos laboriosos, el joven entusiasta y honrado, el self-made-man, el que ilustra su alcurnia con su propio brillo, el que tras plausibles luchas llega al bienestar, el que ostenta, como el mejor de los blasones, la estrella maravillosa de la honradez.

Toda la gente decía ayer con respeto afectuoso y dice hoy con tristeza, «Don Ernesto». Varón sin tacha, espíritu sincero, que unía la sencillez al vigor, tenía la mano franca, el consejo sano y la entereza fundida, con el mejor bronce moral. Costa Rica veía un hijo ilustre en el sajón que vino a hacer su hogar en la tierra costarricense. Y don Ernesto amaba a Costa Rica, donde con pompa justa y triunfo verdadero, su familia crece y se extiende entre oro y cariño. Dan idea de lo que era el caballero Rohrmoser las palabras que dicen que pronunció al hijo querido, cuando ya la muerte estaba sentada a su cabecera, y pocos granos de arena quedaban en el reloj: «Sé honrado, sé humilde, sé trabajador, y serás feliz». El hijo recogió conmovido esos diamantes.

El entierro fué en la tarde del domingo. Iba el carro de gala; lo tiraban seis caballos negros. Tras el carro iba la familia, la amis-

tad; iba el Presidente de la República, iba el comercio, iba la espuma josefina; los del club y los del banco, todos a dejar en su lecho del cementerio al cadáver lamentable.

(*El Heraldo*, 18-III-92).

VERSOS NUEVOS

VERSOS NEGROS

La danza macabra?
No hay baile mejor.
La luz es la luna:
bastarda de Dios,
los sones los tocan
orquestas de horror.
El buho es el chantre,
y el zapo trombón.
Se canta el ocaso,
la muerte del sol;
las tristes miserias
que da al soñador,
la cuna, la dicha,
la amable ilusión,
laureles, mirtos,
incienso, alcohol.
La danza macabra
la vemos en pos

del alma, del sueño,
como una visión.
Bendita la bruja
que al sábado envió
la blanca doncella
de tímida voz.
La zambra nocturna?
Soberbio Behemot!
La danza macabra?
No hay baile mejor!

(El Heraldo, 22-III-92).

NOTA.—En la *Revista de Costa Rica* de marzo del 92, publicó Darío *Los Centauros* (más tarde, *Coloquio de los Centauros)*. Nuestro D. Luis R. Flores refiere que fueron escritos en Heredia, y de un tirón.

El *Diario del Comercio* enluta sus columnas por el duelo de su Director. Justo Facio sufre hoy un horrible embate de la suerte. Vengo de su casa, donde le he visto, con amargura de mi alma, arrodillado con su buena esposa junto al cadáver de su pobre Virginia. La hijita bien amada, se fué por fin, después de sufrir el encarnizamiento de un padecer implacable. La muerte, cruel y pálida, se llevó tanta dulce vida en flor!

Los que hemos estado hoy en ese hogar afligido, hemos experimentado la pena más profunda y compasiva. La madre estaba allí, traspasada por todos los aceros del dolor. *Stabat mater dolorosa!* Mas por su fe y su plegaria, Dios debe concederle todo su consuelo inefable y sagrado.

Justo, el amigo querido y noble, debe tener por alivio el convencimiento de que

su duelo es compartido por todos los que le amamos. Llore hoy, pues bien es que sangre la herida. Pero que le ayude la resignación y le conforte la esperanza. Su tierna y suave azucena hoy aroma con su perfume inefable, bajo la luz eternal el recinto lleno de gloria, del inmortal jardín divino.

¿DÓNDE ESTÁS?

Estrella, ¿te has ido al cielo?
Paloma, ¿te vas de vuelo?
¿Dónde estás?
Ha tiempo que no te miro:
¿te fuiste como un suspiro
y para siempre jamás?

Vivaracha muchachita,
¿es que Puck te ha dado cita
en recóndito jardín?
¿Es que partes al llamado
de algún tierno, enamorado
Serafín?

Primorosa musa mía,
mensajera de alegría,
dulce flor,
¿por qué ocultas el semblante
a los ojos de tu amante
soñador?

¿Es que tienes un palacio
de diamante, de topacio,
en un mágico país;
es que algún genio te manda
a Bagdad, a Samarkanda
o a París,

O en el carro de algún mago,
o en un cisne sobre un lago,
como un ramo de jazmín
vas brindando tu delicia
mientras suave te acaricia
un hermoso Lohengrín?

Deliciosa chiquitina
que en tu risa cristalina
das la gama del amor;
mariposa pintoresca,
siempreviva siempre fresca,
de perfume embriagador,

Yo sabía
que por ti la luz del día
recelosa estaba y fiera;
que por ti sufre y se irrita
la envidiosa señorita
Primavera.

¿Pero dónde estás, mi vida?
Si en un bosque estás perdida,
o en un negro torreón,
donde el vivo amor te prende
de algún genio, de algún duende
de la corte de Oberón;

Si un osado caballero
como a un ángel prisionero
te llevó,
mi Zoraida, mi Fatima,
quien te busque y te redima
seré yo.

Pero mándame un mensaje
con tu enano, con tu paje,
con el viento, con el sol,
o aromado con tu aroma
que lo traiga una paloma
tornasol.

¿Vuelves? ¿Vienes? ¡Estoy triste!
Más cruel dolor no existe
que el no verte nunca más.
Dime, perla, margarita,
primorosa muchachita,
¿dónde estás?

(*El Heraldo*, 7-III-92).

LA RESURRECCION DE LA ROSA

AMIGO Pasapera, voy a contarle un cuento. Un hombre tenía una rosa; era una rosa que le había brotado del corazón. Imagínese usted si la vería como un tesoro, si la cuidaría con afecto, si sería para él adorable y valiosa la tierna y querida flor! Prodigios de Dios! La rosa era también como un pájaro; garlaba dulcemente, y en veces, su pèrfume era tan inefable y conmovedor, como si fuese la emanación mágica y dulce de una estrella que tuviera aroma.

Un día, el ángel Azrael pasó por la casa del hombre feliz, y fijó sus pupilas en la flor. La pobrecita tembló, y comenzó a palidecer y estar triste, porque el ángel Azrael es el pálido e implacable mensajero de la muerte. La flor desfalleciente, ya casi sin aliento y sin vida, llenó de angustia al que en ella miraba su dicha. El hombre se vol-

vió hacia el buen Dios y le dijo: «Señor ¿para qué me quieres quitar la flor que nos diste?» Y brilló en sus ojos una lágrima.

Conmovióse el bondadoso Padre, por virtud de la lágrima paternal, y dijo estas palabras:

«Azrael, deja vivir esa rosa. Toma, si quieres, cualquiera de las de mi jardín azul». La rosa recobró el encanto de la vida. Y ese día, un astrónomo vió desde su observatorio que se apagaba una estrella en el cielo.

(*El Heraldo*, 19-III-92).



Nota de los Editores

Cerca de un año hace que el estimable joven Teodoro Picado, con diligencia ejemplar, viene recogiendo lo que dejó Rubén Darío en la prensa de Costa Rica del mes de agosto de 1891 al de mayo de 1892. Ha recogido mucho, lo bastante para el tomo que ahora damos al público y para otro igual que se editará en breve.

En nuestros periódicos hay todavía por hallarse algunos artículos del gran poeta, sin firma o con seudónimo. Tal ocurre, para citar un ejemplo, con el titulado Los yernos en política, *anónimo, según nos refiere señora tan bien informada de las cosas de Darío en Costa Rica, como doña Adela Gargollo v. de Jiménez. No ha sido posible hallarlo.*

Lo mismo decimos de los escritos que Darío dejó por ahí en álbumes y de su correspondencia en Costa Rica.

Es posible recoger en el próximo tomo lo



que falta, y en tal sentido agradeceremos cuanto informe, cuanta indicación se nos haga, cuanto documento o papel se nos remita. Con ello, en realidad, se sirve a Costa Rica, que de este modo quiere pagar su deuda de gratitud a quien supo siempre amarla, estimarla y honrarla Así los buenos hijos de la tierra maternal.

Entre tanto, es oportuno referir que la señora v. de D. Lesmes Jiménez hace tiempos puso en manos del Dr. Debayle, de Nicaragua, una colección completa de los artículos publicados por Rubén Darío en Costa Rica. En buenas manos se hallan tales artículos y han de ver la luz algún día.

Agosto de 1919.

ÍNDICE





